

Poesía

ANTOLOGÍA

CIRO MENDÍA

Selección y prólogo:
Jaime Jaramillo Escobar

© Herederos de Ciro Mendiá

© Jaime Jaramillo Escobar

© Editorial Universidad de Antioquia, 2001

PREÁMBULO

Medellín 2000-10-01. Hace veintidós años se publicó en Bogotá la primera edición de este libro (mil ejemplares), realizada por O. P. Institucional para el Banco de América Latina. La selección estuvo a cargo del autor de este prólogo, y la introducción fue escrita por el doctor Otto Morales Benítez. Desde entonces se pensó en una segunda edición, que sólo ahora se hace posible, gracias a la Universidad de Antioquia. Dada su extensión, el ensayo introductorio original se sustituye por esta nota.

Ciro Mendía estaba casi olvidado en 1978. La aparición de una antología hizo que se le recordara, gracias a la publicidad que ganó por el prólogo del doctor Morales Benítez, ampliamente difundido en todo el país. Después de la muerte del poeta (oct. 1979), además de piezas de teatro sólo se ha editado *La golondrina de cristal* (1992, sin índice), con cuarenta y cinco sonetos.

Se dice que la poesía es para los poetas. En realidad, los poetas son muy selectivos. Cada uno está interesado únicamente en lo suyo, en su falsa gloriola, en su tonta pedantería. Por eso Giro Mendía no figura, o figura con cuatro líneas equivocadas en las antologías colombianas, que tantos lagarticos suelen albergar, mientras se desestiman poetas como Giro Mendía o Aurelio Martínez Mutis, a quien se destierra hasta de las bibliotecas públicas porque ya no se lee, de lo cual deducen que nunca más será leído, como si Colombia se fuera a quedar analfabeta indefinidamente. Los libros deben permanecer en las bibliotecas, porque los investigadores los necesitarán. La cultura es patrimonio de todos.

A Giro Mendía lo han tratado de "poeta menor" otros poetas menores que él, porque cada quién mide con su propia estatura. El gran hombre ve la grandeza en todo. Los pequeños reducen el mundo a su tamaño.

Giro Mendía dejó cientos de sonetos inéditos en desordenados papeles. Los que se incluyen en este volumen son excepcionales. Más aún: muchos de sus versos merecen la memoria colectiva, más perdurable que bronce y mármol. Basten tres ejemplos:

"Quedé tan solo que ni yo me encuentro".

"Prefiero vivir muerto a morir vivo".

"Con ella olvido todos mis amores / y en ella todos mis amores hallo".

Quienes han desestimado la cultura de *Ciro Mendía*, por ser autodidacta, parecen ignorar los procesos de aprendizaje. El ser humano es autodidacta. Lo difícil no es enseñar, sino aprender. El culto por los diplomas disminuye. Circulan demasiados falsos. Hágalo usted mismo. Si le da vergüenza, cómprelo.

Me encontré con *Naípe Nuevo* en la biblioteca de la escuela pública de Altamira (Ant.), en diciembre de 1949, el mismo año de su publicación, lo que resulta notable si se tiene en cuenta que en ese tiempo ni siquiera había caminos que merecieran ese nombre, sino trochas pantanosas, encajonadas entre barrancos. La biblioteca ocupaba un salón de destinación exclusiva. Hoy en día, con carreteras, ya no existe esa eficiencia. Teníamos entonces el sentido de la propiedad pública, que se respetaba, y que ahora se ha perdido. Un pueblo que pierde el sentido de la propiedad colectiva, la roba y destruye, no tiene cabida en la historia. Es un pueblo bárbaro. Montonera de aves de rapiña.

Naípe Nuevo brilló esa tarde, en la penumbra de la biblioteca, y no lo olvidé, porque lo que se lee a los diecisiete años impresiona vivamente. Releído otras veces, no pierde frescura. Verso libre, sonetos arbitrarios, formas audaces del modernismo, que todavía hoy desconciertan en los talleres de poesía. Libro de hojas plegadas, que se abría con la navaja de pelar frutas. Lo primero al abrir un libro es estimar su calidad, y luego sentarse con él amistosamente, en el mejor rincón, e iniciar un diálogo inteligente y respetuoso. Entonces el libro deja de ser objeto y se convierte en un amigo, y veintinueve años después, por azar, conozco a su autor, la vida nos permite una breve amistad, y el gusto de convertirme en su último editor. Fue un libro revelador en el momento oportuno, y por eso sus páginas permanecen sensibles al tacto.

Era la época del "versolibrismo" y los "librepensadores", términos que se aplicaban despectivamente, porque Colombia siempre le ha tenido mucho miedo a la libertad. Tanto es así, que Bogotá continúa siendo una celosa capital virreinal.

Leí *Huelga de ángeles* cuando el suplemento de "*El Colombiano*" lo publicó por primera vez en los años cuarenta, y he conservado ese recorte del periódico. Juguetón, intencionado, ingenioso, sarcástico, pero sobre todo muy bien escrito, es un ejemplo de decimero. Ciro Mendía no se aparta de las fuentes populares. Por eso resulta extraño que se le desconozca, y que no exista en Medellín (síntesis de Antioquia), nada que le recuerde. La mala envidia de los otros poetas hizo todo lo posible por aislarlo. Sin embargo, su obra da relieve a la cultura antioqueña, y su nombre perdurará por encima de la mezquindad local. El día que el alcalde de Medellín, doctor Jorge Valencia Jaramillo, y el ministro doctor Otto Morales Benítez presidieron una reunión de reconocimiento al poeta, un año antes de su muerte, los escritores de la ciudad ni se dieron por enterados. Entre los presentes estaba, no obstante, el doctor Yamil Tannus Fernández, que no es antioqueño ni es poeta, pero hizo el viaje desde Bogotá para estrechar la mano que escribiera aquellos versos. Hay un soneto de Neruda a Ciro. Y también un poema que titulé *Ciro de Medellín*.

II

CIRO DE MEDELLÍN

Cuando le conocí,
el maestro Ciro Mendía estaba completamente ciego,
y se veía obligado a depender de personas que le robaban a cambio de la más mínima caridad.
El maestro Ciro Mendía, que había escrito tan jocundos versos,
estaba en ese año de 1978 sin un plato en qué comer,
pero tampoco tenía qué comer ni comía.
Tomaba aguardiente con cáscaras blancas de limón,

y se arrastraba hasta el andén para rogar a algún transeúnte apresurado
que le tomara al dictado los versos que había compuesto durante su día de insomnio,
pero nadie tenía tiempo para ocuparse de semejante cosa,
y el poeta repetía sus versos hasta que se le olvidaban.
Le habían hecho completamente a un lado por sus ideas "de izquierda",
que nunca supo lo que hacía su derecha,
porque la mano izquierda es analfabeta.
En ese Medellín pedestre que frente al mundo tiene una sola pregunta: "¿Cuánto vale?" (como los
gringos),
y una sola respuesta: "¿Cuánto me rebaja?",
Ciro Mendía tenía el orgullo y la dignidad y la nobleza de la vieja raza,
y en la práctica había dejado de ser antioqueño, pues nunca me preguntó "¿Cuánto le debo por su
abrazo?", "¿Cuánto me paga por el mío?"
—"Aquí tiene un abrazo gratis, le deseo suerte, caballero, y le encima esta mano huesuda que ya no
me sirve para nada".
Cuando le dieron el "Hacha de Antioquia",
—esa hachita dorada, un bibelot—
él la recibió y permaneció en silencio.
Cuando todos los visitantes se fueron me dijo:
—"¡Tantos rayos que caen, y no caerme uno
a mí!"
Ya estaba muy triste y muy flaco el maestro Ciro Mendía cuando le conocí.
El gobierno local le había retirado la modesta pensión que le permitía sobrevivir, porque también
estaba muy viejo,
y sólo la Fábrica de Licores le mandaba botellas de aguardiente, que es lo único que ha dado
Antioquia,
todo el orgullo de los antioqueños —ese falso orgullo— reducido a sus borracheras de aguardiente.
No se resignaba el altivo maestro Ciro Mendía, no se resignaba sin embargo,
y en la nobleza de su rostro, en sus finas manos, en el ademán caballeroso, en sus elegantes
palabras,
el poeta trataba de alzarse de sus cenizas, y en un esfuerzo sobrehumano trataba a cada rato de
volar.

Pero ya sus huesos estaban muy tristes y todos quebrados desde la muerte de Vladimiro, y no era cuestión de buena voluntad, ni de fuerza de ánimo, sino un simple problema de gravedad.

Con Vladimiro su hijo y con el Espíritu Santo, "esa paloma estúpida", que sin embargo representa la inteligencia como propiedad de la materia, se encuentra en el reino de las chicharras y el cagajón, que los mulos ponen gratis pero los antioqueños lo recogen para venderlo por libras de 400 gramos. El maestro Ciro Mendía, honor de su raza y de su pueblo, me habla desde sus versos con entereza, con amor, con ternura y con ese humor a la antioqueña que tanto hace reír al diablo.

No me habla desde su estatua, porque en Medellín no hay ninguna estatua de Ciro Mendía, ni maldita la falta que hace.

Si hubiera sido un poeta antiguo hubiese tenido su estatua de mármol, del epicúreo mármol de Paros.

Pero a pesar de ser antioqueño no tenía depósito de ahorros, ni propiedad raíz, ni era socio de nada, ni estaba autorizado a portar tarjetas de crédito, es decir, no era nadie,

pues en esta tierra donde cada poeta se considera el mejor del mundo, él apenas se atrevía a ser el mejor de su calle.

Quedó con la fama de no ser un poeta serio, porque no creía en nada, pero de todos modos nos dejó esa risa maliciosa, socarrona, comprensiva, que desborda inteligencia, bondad, aceptación y perdón.

No digo que no ha muerto, ni que está en el Cielo, ni digo que resucitará, ni mucho menos que reencarnará.

Digo que el Universo se construye a sí mismo, porque el Universo es Dios.

Jaime Jaramillo Escobar

PREFACIO

Yo tengo un árbol de sonetos. Bueno,
uno muy alto, de ramaje rojo;
dos cosechas al año y más le cojo,
porque es de buena clase su terreno.

De su mala corteza lo despojo,
lo fumigo, lo podo y desmeleno,
con colores y músicas lo estreno,
y los aplausos para mí recojo.

Está siempre hechizado. Como llamas
se alzan al día sus vibrantes ramas,
agobiadas de frutos ricos, gratos,

pero amargos también y no felices.
Y es que el árbol se queja y gime a ratos,
cuando le duelen mucho las raíces.

*Conviene que haya cantos de factura libre,
y desdeñosos de la vida contemporánea.*

BALDOMERO SANÍN CANO

(Prólogo a "El libro sin nombre", 1928)

FANTASÍA PARA UN SÁBADO SIN LÍMITES

(Con un tratado sobre el amor, al alcance de todos)

I

Hay que levantar la vida a fuerza de sábados,
a punta de sábados,
de sábados maduros y futuros,
de sábados con cresta de alegría,
de sábados con olas y con hilos,
con cohetes y papagayos.

Borrar todos los días y hacer del almanaque
un sábado grande, abierto,
largo, largo,
que el sábado es la almendra bisiesta,
y porque la semana está llena de espantapájaros.

Un sábado con lunes grises, martes feos,
con miércoles sin brisa, con jueves sin garbanzos,
con viernes rotos
y domingos heridos,

porque en el sábado hay madera para hacer de él mil años.
Un sábado de vino sin eneros ni diciembres,
un sempiterno y un constante sábado.

Yo tuve una novia que no me besaba sino los sábados,
porque su boca estaba llena de azúcares,
y sus senos eran dos sábados.
Por eso aquella novia mecánica,
de frutales convites,
se me murió un lunes
y yo no tuve un domingo para llorarla,
ni para rezar por sus manos.

Y el día que yo vi, oí y sentí a Dulcina
–que me enredé en sus labios–
fue un sábado de gloria, de dulce de esmeraldas,
un enorme, un inmenso, un prodigioso sábado.
Porque Dulcina vino de una tierra sin hojas,
de un país sin pantanos,
en donde las golondrinas y los niños
conocen cuándo es sábado.
Aquel sábado fértil, de repente,
yo estaba enamorado, definitivamente enamorado,
enamorado como el anillo de su dedo,
como la luz de la bombilla,
como la enredadera de su muro,
como un par de dados.

Porque el sábado es demócrata y risueño,
viste overol y camisa de nardos,
y todo el día se embriaga
y manda sus problemas al diablo.

Se corona de rosas y de piedras preciosas,
de besos y de estrellas del toldo alcaparrado.

II

CORO

¡Abajo la instrucción pública y la Enciclopedia Británica!
Los sábados la Muerte se va a jugar rayuela.
Yo sé, como Morillo, que el país no necesita de sabios.
Yo inventé un telescopio vegetal en mi aldea.
Cuando termina el día nace la flor del sábado.
Las mujeres se tornan dúctiles y maleables
después de un accidente ferroviario.

Desde aquí oigo tu voz de campanita sin madre.
Don Juan se perfumaba sus bigotes los sábados.
Abres, entras, sales, tú la llave maestra de mi vida.
Un ruiñeñor de menta
ovilla su canción bajo sus párpados.

Erasmus, viejo Erasmus, danos algo de tu heroica locura.
La música es un río de terciopelo y luz canalizado.

A los Bancos no entran las alondras,
Porque los Bancos son jaulas de oro.

El sábado es diurético y erótico,
sabe a uva y amigo epigramático.

Hoy espero en mis ojos a Dulcinea,

cortando sombras y moliendo penas.

En los vasos sin vino está la sed llorando.

Que traigan más espaldas y más hombros.

Primero las damas y después los damos.

Los sábados los relojes se lavan las manecillas

y se van de boxeo con Pilatos.

¿Quién disparó? Fue el viento que ha llegado de Texas.

¡Aló, aló! ¿Está la nueva diosa

que me dio a mirar sus dos duraznos?

Yo me voy de esta tierra a buscar otra donde

sean más bellos y más científicos los asesinatos.

–Dos pares, ¿y tú? –Una terna de ases.

Los sábados, el mar se los pasa con los brazos cruzados.

En una carta que leí dormido,

la A se enamoró del cero,

y la paloma del lagarto.

El toro es el espejo de la tarde,

y la tarde la alberca del venado.

Que mueran el agua, los remedios,

y los ataúdes al fiado.

Que vivan las mujeres fáciles y también las difíciles,

Pantalón, Arlequín, Pierrot, los locos locos

¡y todos los payasos!

¡Vivan la vida, el ocio, la molicie y el escándalo!

¡Abajo las maquinillas de escribir, los lápices,
los tornillos, las hoces y las trojes,
y que muera el trabajo!

–Mi cóctel de costumbre, por favor:
el terremoto con champán, gasolina, whisky, brandy,
y yodo y anisado.

–No me hable de negocios, compañero,
porque hoy estoy vestido de sábado,
porque hoy me estoy comiendo y bebiendo mi sábado.

–Buenas noches, señora, siga, siéntese,
y quítese sus lujosos harapos.
Porque el amor tiene su origen en el encanto físico,
en el físico encanto:
lo descubren los ojos,
y los ojos lo pasan al pensamiento,
que se queda embrujado.
El pensamiento lo plasma, lo mide, lo pesa,
y al corazón lo lleva para que allí se eduque,
y el corazón sea el amo.
Más tarde el corazón –maestro analfabeta–
lo incorpora a la escuela de los cinco sentidos
para que el niño aprenda a tirar sus venablos.
Pasa sus vacaciones en el país de la carne,
y es entonces cuando
se inicia la batalla entre la materia y el espíritu,

en cuya lucha libre, siempre –o casi siempre–
el espíritu, el simple espíritu –pobre de espíritu–
sale de todos modos derrotado.

–Señora: yo le juro que el amor lo inventaron un sábado.

III

Si he de mirar –que no creo- que yo muera un poco,
pero que muera en sábado,
y que envuelvan mi cuerpo
en espumas de adioses y de dioses,
en la voz de Dulcina
-voz de agua arrodillada-
en copas rotas, en martillos y en clavos.
Y para que se me vea, y puedan decir mañana
que aquel gigante amor enano
-aquella brizna humana, aquella equis precaria-
se fue y se quedó, delirante, sangrante, horripilante,
¡en un sábado azul crucificado!

IV

Buen día y verde día, éste, Dulcina mía,
Tu beso hizo el milagro:
mira, míralo, toca, tócalo, oye, óyelo.
Aquí te presento este domingo vano,
en un sábado nuevo convertido,

entero,
literalmente traducido a sábado.

FANTASÍAS, SEÑORA, FANTASÍAS...

Señora mía: ¡Escuche!
Tengo grandes sorpresas
para su corazón de antigua amada.

Ya no soy aquel bárbaro
enamorado. Ahora
soy el cubiletero de las damas.

Fantasías, señora, fantasías...

¿Quiere, señora mía, que le haga
de este frasco de lágrimas
un pomo de barniz para las uñas?
Ahí lo tiene, gran señora mía.

¡Oh, qué uñas más rojas!
Me parece que usted, bella señora,
ha estrangulado un niño.

Espere... No se vaya. ¡Oh, señora,
se le ha caído un beso!
No se moleste usted... yo lo recojo,
ya lo tengo en mis manos...

Pero señora, observe
los garfios de mis dedos,
que por coger su beso
temblando están y helados.
¿He recogido, acaso,
algún granizo rojo?

Está aquí, pues, su beso,
brillando entre mis manos temblorosas.
No lo pierda de vista,
mi trabajo es muy limpio...
Hago así, hago asá... ¡y desaparece!

Mire, señora mía, le devuelvo
su beso, convertido
en este caramelo de manzana.

Fantasías, señora, fantasías...

Fabríqueme, señora, unas sonrisas
–diez o veinte sonrisas–
que yo se las transformo
en mil pañuelos blancos.
¿No ve ya sus sonrisas
diciéndonos adiós desde el olvido?

Fantasías, señora, fantasías...

Espérese, señora,
que voy a adivinarle el pensamiento...
Por Dios, señora mía,

no está bien que así deje
olvidado su lindo pensamiento
en las páginas frescas, satinadas,
de un cuaderno de modas.
Eso es imperdonable,
señora de los guantes enlutados.

Fantasías, señora, fantasías...

¿Enojada se va, señora mía,
de mi parque de ensueño?
Lo siento, lo deploro,
señora de ojos y de zorro oscuros.

Adiós, señora mía, y no se olvide
que merced a mis buenas aficiones
de ilusionista hindú,
sus pies de líneas puras
van pisando la grama de mis penas.
¡Oh, no, señora mía,
puede pisar la grama!

Fantasías, señora, fantasías...

MÉXICO A LA VISTA

*Como yo vengo de Olías
no sé de Toledo nada.*

I

Por no dejarla sola va en mis plantas la tierra
entre dos alas sin plumas.

Moderno Cándido aeronauta,
cultivo aquí mi huerta de naranjas y estrellas.

La selva, sin un ángel ni un rascacielo:
selva, no más que selva.

Una viva ensalada.

Apenas oigo, abajo, los crótalos heridos
de unas orejas de india en traje ausente.

El mar –plaza de espumas– se ha quedado sin voces,
sin yodo, sin banderas,
víctima de quince mil pies de altura.

Se vende un mar decrepito, afónico, sin mar.

Esclusas. Marineros borrachos y negricia.

¿Dónde el sí colombiano? El yes lo devoró.

¡El Momotombo! Allí está el Momotombo
con una hilacha de niebla en la boca,
cual si fumara un cigarrillo.

Rubén Darío, adiós. Adiós, Rubén, mi Rubén magnífico.

¿Es verdad que en Hamburgo se te almendró una dama
para pagarte el oro de tus versos?

Lagos como condecoraciones.

Montes en saltos de cama verdes.

Ciudades como tableros de ajedrez.
Y un gran bostezo de volcanes.
Por aquí dictadores de último estilo graznan
desplumando quetzales.
¡Tapachula! Tapachula, tu nombre me azula.

La noche en Veracruz me grita: ¡Arriba!
y alzo mis alas en olor de viaje.

II

*Sana que sana,
rabillo de rana.
Si no sanas hoy,
sanarás mañana.*

Así cantaba yo en mi pueblo
a los turpiales heridos por mi honda.
Mi aldea constaba de diez casas de barro,
de una torre inconclusa,
y un cura de museo.
Yo no era el XI Duque de Osuna,
porque la pobreza era el mejor plato nuestro.
Pero me arrimaba a mi aldea
como el becerrillo a la vaca matutina,
para mamarle su silencio,
el amor de mi prima, sus palomas azules,
y su río de sandalias de mariposa,
de paso de terciopelo sonámbulo.

¡Deslumbramiento! ¡Prodigio ciudadano!
Veo un trigal de antorchas,
una terrestre Vía Láctea...

Ahora contigo, México, a la vista
–arbolillo de Navidad–
desde un avión noctívago,
oyendo tus espuelas de alegría,
con tu sombrero de luces y tu sarape de crepúsculos,
mi corazón te acoge, te levanta mi júbilo,
multánime ciudad de seda de minueto,
de filigranas de piedra y espadas elocuentes.

Abajo estás, México másculo,
pródigo,
romántico,
ardiendo de leyendas, tatuado de locura,
de música y de fuerza.
Dentro de un par de minutos de motores,
mi cuerpo –flecha humana–
hará blanco en tu flanco oscuro,
y entonces verás cómo
a tu salud alzaré una copa
repleta de tu vino de fuego escandaloso.

Me está diciendo el viento
que mañana saldré de tu vientre
como un lobezno bobo de su cueva.

De pie, sobre esta nube –perla de sombras–
canto tu canto, México.

Desde aquí veo –sin ver– tus parques,
tus avenidas de vino tinto,
la Pirámide del Sol,
la estatua física de Diego Rivera,
la mano creadora de González Martínez,
y los pantalones a media asta
de tu jurista cómico.

Desde la altura muelle,
mi alado Valenzuela de tres patas redondas
pace farolas y torres
en tus praderas urbanas,
mientras se asoma a mis labios,
llenándome la boca de trinos y de azúcares
la palabra más bella del idioma:
Albaricoques.
Albaricoques.

Tú y mi alma se unen en la hora,
en este viento plástico y turista,
en este maravilloso viento de murciélagos
que me lleva a tus brazos,
México libre,
México fuerte,
de corazón y pecho de guitarra,
ciudad de tiros y de pan sin dueño.

Volando sobre el lomo de la noche,
tú, México, por desparramado,
por cosmopolita,
por bohemio,
con el que la belleza sube a su cierto culmen,

me recuerdas mi aldea sobria, sin lagos,
sin parques, sin estatuas, sin historia,
con su torre inconclusa,
su cura de museo y su río de tocatas.

Mi corazón –oso de cuerda– en tanto que desciendo,
danza y solloza sobre el vacío iluminado.

México, aquí te traigo este ramo de nubes.

III

BILLETE DE MÉXICO

*...donde todas las yerbas son narcisos,
y el valle es el narciso de los valles.*

FRANCISCO DE QUEVEDO

¡Partir! ¡Partir! Y no salir de casa.

Llegué cuando salía, tan vasto era el deseo.
Me trajo un viento duro que sabía el camino.
La noche, como a un niño,
me bajó a la meseta
de frío y de palacios.
La ciudad con su aliento me cayó a la medida.
–Me sirve– dije, y luego
salí de ella vestido.

*Cuando muera, de mi barro
hágase, comadre, un jarro;
si de mí tiene sed, beba;
si la boca se le pega,
son los besos de su charro.*

Estas gentes de México tienen raros contrastes.
Risa y muecas. A veces su corazón nos ponen
en la mesa, y nos dicen: –Sírvase, caballero.
Come el que tiene hambre,
al que no, lo liquidan.
Salvajemente francos y cordiales. Se viven
una vida de dioses y de esclavos.

Al abrir la mañana su pañuelo de argento,
de volcán a pirámide canta con voz de ola.
Más azul que este cielo no se pinta en el cielo.
¡Cielo azul, cielo azul, a dos siglos la vara!

Y sobre la ciudad llueve azul de tal modo
que la tierra es azul.
Serafines de plata con escobas despiertas
desde el alba comienzan a barrerlo por páginas.

Las avenidas roncadas caminan en parejas
entre ejércitos altos
de estatuas de mal gusto.
Salvo aquella con alas de Carlos IV. Oye:
Don Carlos y el caballo parece que relinchan.

En el Zócalo se hunde con un temblor de himnos
la iglesia del Sagrario, leve hostia cuadrada.

Sangrando, de rodillas, a Lupita, su Virgen,
no le rezan, le cantan sus mejores corridos.

Aquí en Chapultepec me dijo un ahuehuate:
Hace tiempos espero a don Max y a Carlota;
Si no vienen, mañana
me ha de ver este bosque transformado en manzano.

Cruzó en caballo bayo una amazona criolla
(la campana del pelo tocaba a besos rápidos)
repicando unos pechos del tamaño de un níspero.
Nadie en Chapultepec se acuerda de la Muerte.

En Xochimilco bebo paisajes en botellas.
Almacenes de agua, de flores, de mariachis.
Se trafica, es lo justo,
con el canto y el remo.

Y en las líquidas calles de jacinto dormido,
las barcas son mujeres ataviadas de novia,
a tostón la jornada.

Te diré que no puedo llevarte las pirámides,
porque ya la maleta la llené de suspiros.
Van, eso sí, en un pomo –infiernos amarillos–
los murales de Diego, de Orozco y de Siqueiros.
Y para que tú tomes helados de infinito,
El Popocatepelt te mandaré en un vaso.

Las mujeres se sirven en ostiones y en vino:
morenaje a la carta,
de canela, de mole;

día a día se bañan con la miel del cabello.

Fiel te he sido hasta donde la voluntad se quiebra.

Sólo una noche blanca me acosté con la nívea

Mujer dormida, porque la eterna solitaria

no se despierta nunca.

¡Partir! ¡Partir! Y no salir de México.

*Sana que sana,
rabito de rana.
Si no sanas hoy,
sanarás mañana.*

ENTREVISTA EN MIAMI

Noche de oscuras mieles,

de hélices y faros moscateles.

Noche cosmopolita sin hoteles,

en aquesta Babel de las babeles.

Nostalgia en el salón. Ir y venir.

En las femíneas caras de cocteles,

de las pestañas los pinceles

acuarelan camisas de dormir.

Insomnio de maletas y papeles.

Bostezos. Y partir... partir... partir.

-¿...?

Soy el sumo accionista de mi vida.
Soy ex nada y ex viejo y ex suicida.
Soberbia y triste, maldecida y fuerte,
descalza va mi sangre tras la muerte.

-*Where to?*

-A las alturas
de un país de esmeraldas y de curas.
¡Pero qué bello es!

-*Yes, colombiano, yes...*

Vengo de Nueva York, loco, partido,
de su ruido aturdido,
caribe sin paruma, civilizado trasgo,
con mi sombra y mi hartazgo.
Pero estupendo fue el hallazgo.

La bahía de noche era -y no era-
como el cadáver de la primavera
sobre la piel al sol de una pantera.

Exúbera ciudad de maravilla:
en la estampilla del recuerdo brilla
su total pesadilla.

Vengo de Nueva York, ciudad ecuestre,
con anhelo lacustre,
en donde hasta el ilustre

–muchas veces pedestre–
se da silvestre.
Nueva York es un vaso
partido en el ocaso.
Es un fino y espléndido fracaso.
Metrópoli sin brazos,
urbe sin ubre, mítica, en pedazos.

–¿Son seis dólares? Bueno.
Su whisky Cuatro Rosas es veneno.

Se dice que fue una monja la que inventó el alambre de púas (1).

EL EMPIRE:

Allá voy a tus brazos, nube mía, mi nube.

LA NUBE:

Ven, columna del genio, saeta mía, sube.

EL EMPIRE:

Ya casi toco el pétalo de tu falda sin ruido.

Ya casi todo el pomo de tu rodilla blanca.

LA NUBE:

Arranca de tus eras, oh lirio mío, arranca,
y tu índice clava en mi pecho dormido.

EL EMPIRE:

Cúbreme con tus alas, alondra mía, sola,
norte de mis alturas, de mi arrogancia ola.

LA NUBE:

Tú levantas mis hombros, mi fuerza tú sostienes,
tú eres el duro tallo de la flor de mis sienes.

EL EMPIRE:

Yo no soy de la tierra. Ciudadano del cielo,
mis brazos son de plumas; yo no camino: vuelo.

LA NUBE:

¡Oh huésped de los astros, don Juan de lejanías,
novio de las estrellas, termómetro del viento!

EL EMPIRE:

Pero te vas y dejas en estas manos mías
la rosa de tus ojos y el vino de tu aliento.

LA NUBE:

Adiós...

EL EMPIRE:

Sigue danzando... Espérame un momento.

*Casas de cincuenta pisos,
millones de circuncisos... (2)*

Vengo de Nueva York. Una mañana
de premura y hastío,
en el subway, Susana
Smith –reina del lío–
y esposa de un judío,
mordiéndome una manzana,
por mi nariz judía
de Mexía,

me formuló de un beso el desafío.

Y entre millones
de corazones
qué solo el mío.

-Okay.

INTERLUDIO I

En el vientre sin pan de mis pistolas
germinan, verdes, un millón de balas.
Bajo el anillo de sus nulas alas,
dejadme allá con mi sombrero a solas.

Las hienas buenas y las rosas malas
dan a luz en la sala de las olas.
Y con la cuadratura de las bolas
al suelo le cincelo las escalas.

Saco miel de las líneas paralelas
que crecen en la voz de mis pupilas,
y a la alondra le enjoyo las espuelas.

Corto a la noche cármenes de esquilas,
y a la calle se van mis carabelas
tras el diván de mis pistolas lilas.

Vengo de Nueva York. Una corbata
picassiana en Broadway merqué, barata.

En Nueva York escampo
el vegetal silencio de mi rincón de campo,
con pájaros chopanes
y wagneriano viento,
con vino y tulipanes
dignos de mi sabroso aburrimiento.

De mí una duda arranca:
¿Es roja, al fin, la Vía Blanca?
Al Planetario –alerta–
el Camino de Leche se metió por la puerta.

En el Opera House
grité, mientras dormía:
¡Lily, no más Lucía!
Que salga Mickey Mouse.
Nieve. Nieve. La nieve
con ginebra es más leve.
Una canción de Christmas interpreta
la nieve en clavicordio de violeta.
El Cardenal Spellman es poeta.

¿El colon de Colón oro tenía?
¿Era normal el occipucio
de Américo Vespucio?
Era mi abuelo Américo Mendía.

En Park Avenue vi
un edificio de ajonjolí.
Pero no pude ver a Salvador Dalí
porque no estaba allí.

ACTO I

*Minas las de California,
tesoro el del Potosí.*

ACTO II

*Penas las que tú me diste;
besos los que yo te di. (3)*

Toscanini blandía una batuta
dulce como una fruta, y absoluta.
Y en el Waldorf Astoria
–si cabe en mi memoria–
en su cama de sándalo dormía
Hedy Lamarr –escándalo moreno–
con uno que no sé
si era, a buena fe,
el señor Molotov o Gandhi el Bueno.

Una canción de cuna rompió en Reno
bella estrella otoñal,
acusando a su astro –malo y bueno–
de tortura mental.
Margarita. Camila. Vestamor
pasó a la antología del amor.

Porque yo, como el ruiseñor, tengo más voz que carne. (4)

También estuvo allá Rubén Darío,

dipsómano y sombrío.

Y entre millones
de corazones
qué solo el mío.

-Okay.

INTERLUDIO II

Mañana será ayer, si la verduga
le niega sus bodigos al verdugo.
Sí será no, si a la lechuga plugo
atrapar a la hormiga y a la oruga.

La Zeta será A, si es que el besugo
en el plato se ve con la besuga.
Será lunes domingo, si madruga,
y si Paul Valery quiere ser Hugo.

El trigo será viga si en la vega
el dogo vago se convierte en daga
y no sube al quejido el papafigo.

Será el minuto siglo, si lo brega,
y será Casanova un Luis Gonzaga
cuando a la higa no le importe un higo.

Vengo de Nueva York. La primavera
pasa por Harlem, altanera,
y no mira siquiera.

Democracia de almíbares acerbos:
lejos los cisnes de los cuervos.
Yo vi la Libertad entristecida
con estos ojos que a la anochecida
se ha de comer la vida.

Muy ligera de ropa
una mujer de oro alza su copa.
Y dejemos que arda
el concepto económico,
el guarismo astronómico
y la idea bastarda.

Domingo en Nueva York: solo, más solo
que un concierto de Bach en Norte Polo.

En Wall Street entré
a un Banco y pregunté
al gerente, un tal Joe:
¿Qué saldo, sabe usted,
tienen aquí Walt Whitman y Edgar Poe?

De que hay días nocivos, yo lo juro.
El lunes, por ejemplo, es de cianuro.

Instinto... instinto... Instinto siempre procreando el mundo... (5)

Duro, bajo su planta,
el subway llora y canta,
botando el dulce zumo
a la calle, hecho humo.

En la bahía dejo allí mi manta,
porque eso huele a "¡Lázaro, levanta!"

Un Martini. Un Manhattan. Ascensores.
Beber. Comer. Correr. Tome esas flores.
Automáticos ya la luz y el viento,
el agua y el amor y el pensamiento.
¿Cuándo de una moneda al claro brillo
han de nacer la chica o el chiquillo?
¿Y cuándo el automóvil de bolsillo?

Perdón. Oiga una cosa
que me parece hermosa:
yo vi una mariposa
tocar una corneta,
y vi –divino parto–
parir una veleta
a un alado lagarto
de dorado atavío.
Y entre millones
de corazones
qué solo el mío.

–Okay.

INTERLUDIO III

En viento tinto llego a tu recinto
de cientos de lamentos, y al momento
pongo al servicio de tu pensamiento

mis rosas de cemento sin jacinto.

Tu voz de acanto con mis besos pinto
y repinto en el cruento pavimento,
en tanto siento el quinto movimiento
que al cinto ostenta mi violento instinto.

Canto. Tu llanto con mi acento junto
y miel de mármol a tu manto unto.
Tu encanto extinto vuela de mi canto,

y en tu recinto –cálido Helesponto–
monto tu aliento y pálido trasmonto
el tonto plinto del cordial espanto.

Volveré a Nueva York cuando la brisa
ande menos aprisa
y salga sin camisa
como lo hacía Belisa.

Cuando en los rascacielos
florezcan asfodelos
sin modelos.

Cuando el Hudson demente
vuelva a ser río y deje de ser puente.

Un zepelín panzudo, colimocho,
con luminoso aviso,
por sobre el Times diviso
anunciando el V-8.

Volveré a Nueva York cuando esté viejo,
por un desnudo que dejé en su espejo.

Cuando vea en mis días
enanos policías
sin rizos y sin zancos.
Cuando sepan los negros entre alcohol y alegros
que los negros son blancos
y los blancos son negros.

A Filadelfia. De Chicago. El chico
en un avión nació. Sí, Puerto Rico.

En Central Park ahora
se besan un señor y una señora.

Radio City: palacio
en donde duermen juntos la perla y el topacio.

Pentagón. Pentapétalo, diría.
Lincoln Memorial. Obelisco. El día
azul sobre el Potómac esplendía.
Caro Washington. ONU. Despilfarro.

Todavía el fantasma comunista.
Y en Londres un cigarro.
Stalin en la pista.
Y Truman en el barro.

Tiene la palabra el camarada Máuser. (6)

Moriré lunes a la una en punto
de la tarde. A las dos –cosa sencilla–
yo mismo haré mi mascarilla
de poeta difunto.

Críticos polifemos a mí –Ulises
no me hundirán la nave –bronce al viento–
que guío yo con el asentimiento
de mis cabellos grises.

Volveré a Nueva York cuando la hembra
piense más en su sombra y en la siembra.
Cuando con notas de magnolia erguida,
en la Quinta Avenida
cante el pájaro frío
como allá en mi plantío:
"¡Tío judío, tío judío!
Y entre millones
de corazones
qué solo el mío.

–Okay.

INTERLUDIO IV

Corazón –ciudad movable–
de todo corazón tienes
penas de noventa pisos
entre alegrías de siete.

Teatros para tragedias,
para dramas y sainetes.
Metro, museos y plazas,
parques, lagos, ríos, fuentes.

Avenidas de diamante
y callejuelas de muerte.
Palacios y capitolios,

basílicas y burdeles.
Ciudad apenas de un hombre,
gobernada por mujeres.

ACCIDENTE PRIMERO

Va por la Quinta Avenida
con pies de música negra.
Cae el visón al vacío.
No tiene piernas.

Con guiños de ventanales
los altos cactus de piedra
rascaciendolo murmuran:
No tiene piernas.

De un collar –nupcial anillo–
cuatro onzas de perro lleva.
El perro sin perro mira:
No tiene piernas.

De las rodillas al pelo
sube, suave, su belleza.
La cara es divina, pero
no tiene piernas.

Son dos suspiros de carne.
Son dos rosadas ausencias.
Dos desengaños de hueso.
No tiene piernas.

Por senderos de dulzura
cabalga su cabellera.
Canta, juega, baila, pero
no tiene piernas.

Son dos cerillas de nácar.
Son dos agujas de niebla.
Son dos olvidos delgados.
No tiene piernas.

Ya no pueden con sus ojos.
No sostienen su tristeza.
Se van a caer de sueño.
No tiene piernas.

Cuando camina parece
que fueran solas las medias.
Y también los pies van solos.
No tiene piernas.

De su gracia azucarada
la Quinta Avenida deja.
Va sola. Ni yo la sigo.
No tiene piernas.

ACCIDENTE SEGUNDO

En su casa de oro,
sin luz, sin el Más luz de Goethe,
ha muerto Henry Ford.
Se fue quedando vacío,
se fue desfordizando
como un motor sin combustible.
En su casa de pan,
sin lágrimas, sin lágrimas,
ante una mecha de petróleo
y un silencio de vírgenes y arcángeles,
se fue quedando sin un níquel,
se fue quedando vano
el pobre Henry Ford.

Si Carlos Marx viviera,
le habría pagado su entierro,
porque él tenía un Capital.
Porque Marx fue más pobre
que el pobre Henry Ford.

El hombre más rico del mundo,
del cielo y de los aires,
murió ayer sin un Jesús, sin un Buda,
entre una sinfonía de cilindros.
Me muero –dijo– y no intentó siquiera
sobornar a la Muerte.
Porque el blanco Henry Ford

se murió porque quiso,
porque tenía con qué morirse,
como cualquier San Francisco de Asís.

Cuando pienso en mi abuelo sin camisa,
me acuerdo de Henry Ford.
Yo tuve un abuelo bien plantado
que no se llamaba Henry Ford.
Su nombre era Salvador Angel,
sin nada de Ford y sin un Ford.
Con una barba blanca, blanca hasta el ombligo,
y una ruana azul, azul.
Pero pobre, más pobre,
que el blanco Henry Ford.

Pero don Salvador murió con luz y lágrimas,
entre flores y rezos,
sin que le molestara
la risa de un motor.

Yo no sabía, no creí nunca
que los millonarios se murieran.
¿Para qué, entonces, el dinero?
Llorad una moneda,
rezad un automóvil,
por el alma de aceite
del pobre Henry Ford.

*Siendo yo niño, el hambre
me subió en sus rodillas
y me enseñó a cantar. (7)*

Nueva York. Nueva York. Es la locura
de la alta y de la bruja arquitectura.
Selva de cheques, monte
de agujas, horizonte
de campanas, paisaje
de cemento y acero,
que se trae el turista, si es pobre de equipaje,
en su marco de cuero.

Vengo de Nueva York. Vengo y no vengo,
porque aquí yo lo tengo
en mi maleta. ¿Cierto?
De esperar estoy muerto.

¿Allí? Nada. Un artista
como yo, tan simpático,
nunca jamás será contrabandista.
¿Llevo yo pasaporte diplomático?
¿En regla mis papeles?
Deme acá mis poemas y rondales.
Mil gracias, rubio hermano.
Y choque usted la mano.

-Okay.

Y adiós. No diga
a la viajera amiga
que duerma allí un momento
su belleza mejor,
que le he cambiado el rumbo al viento

y me vuelvo, ahora mismo, a Nueva York.

-Okay.

En ti, nave de plumas que me llevas,
en ti, viento centáureo que me guías,
siento un perfume de palabras nuevas.

Es lo mismo este cielo que aquel cielo,
nos llevan al azar todas las vías.
Voló Ícaro. Yo vuelo. Y nunca vuelo.

¿Sobre qué luces dejaré mis huellas?
Yo sólo sé que van las manos mías
doblando nubes y amasando estrellas.

Ha. He. Hi. Mucho gusto. De la China.
Lustrabotas y griego. En una esquina
un beso. Un accidente. Bailarina.
Simpatías a tanto. Mercaderes.
Qué mujeres, Pan mío, qué mujeres.
Llegué mañana. Salgo ayer. No quiero.
Mi autógrafo le doy: cheque viajero.
Habló el Papa. Ladrones en un Banco.
No cae Franco; pero baja el franco.
Patines sobre el hielo. Y un rodeo.
Pero mi corazón yo no lo veo.
Asesinato. Bolsa. Los bomberos
con ferrados sombreros
corren entre el gentío
por ver si pueden apagar un río.

y entre millones
de corazones
qué solo el mío.

Notas: 1 Joyce. 2 Rubén Darío. 3 Copla española. 4 Lope de Vega. 5 Whitman. 6 Maiakovski. 7 El autor.

LOS NIÑOS TERRIBLES

*E hirieron a cuchillo todo cuanto en ella había vivo,
destruyendo y no dejando cosa con vida.*

JOSUE, cap. II

Bajo cómplices cielos,
al estadio del mundo
van los niños terribles.
Sus melenas de plata
acaricia una racha apocalíptica.
No van a jugar al fútbol ni al tenis,

ni al polo ni al béisbol.
No van a jugar al trompo ni a la cometa,
ni a la gallina ciega,
ni a la rueda del ángel.
Inventaron un juego
más antiguo que el hombre.
Van a jugar a la guerra:
no a la guerra con hondas y guijarros,
ni con escopetas de madera,
ni con rifles de aire comprimido.
Van a jugar con dinamita,
con lanzallamas, con ametralladoras,
con cañones de largo alcance,
con sangre, con huesos, con piernas rotas,
con incendios, con iglesias, con hospitales,
con escuelas, con viudas, con huérfanos,
con nostalgias, con besos, con adioses.
El viento de la locura
ha quebrado los tallos del amor.

¡Bravo, niños terribles!

Son los héroes modernos,
los inmortales, los predestinados,
los escogidos,
los constructores del nuevo mañana,
los grandes.
Van a jugar a la guerra con aviones,
con acorazados, con torpedos, con submarinos,
y con una cajita de música infantil
que es la bomba atómica,
productora del calor blanco.

En Polonia, en Austria,
en Noruega, en Grecia, en España,
en Abisinia, se llevaron el trofeo.
En Londres, en Berlín, en Roma,
en París, en Stalingrado,
en Tokio, se cubrieron de gloria.
En Hiroshima no fue herida sino una paloma.
En Nagasaki apenas se desmayó un cordero.
Pero deshonraron la muerte
y el sol cayó a pedazos de vergüenza.
En el paisaje asesinado
veo el cochecito de un bebé, sin ruedas.

¡Bravo, niños terribles!

Los que no murieron como ratones en sus cuevas,
quedaron tan fatigados, tan débiles,
que la humanidad les debe
una bebida fresca.
¡Ay qué buenos, ay qué puros,
ay qué inofensivos,
ay qué patriotas,
son y fueron todos esos niños terribles!
Adolfo era un lirio,
Benito era un jazmín,
Hiro Hito es un tulipán,
Chang Kai Chek es una magnolia,
Churchill es un crisantemo,
Roosevelt era una gardenia,
Stalin es una azalea,
Truman es una dalia,

Pétain es una azucena,
Laval es una rosa,
Franco es un clavel.
¡Qué maravilloso es el jardín
de los niños terribles!

Al fin nada malo hicieron.
Sólo quebraron algunos vidrios
del balcón del vecino,
y de los árboles se llevaron algunos frutos.
Por eso la historia
les abre ya sus puertas de diamante,
y de las marmoleras de la tierra
salen enormes bloques
para que los artistas
se honren haciendo sus estatuas.
No van a caber las estatuas en el mundo.
Pero algún día sangrarán las estatuas.

¡Bravo, niños terribles!

Hoy –día de la paz–
no habrá escuela para vosotros.
Merecéis un descanso
después de tan duro ejercicio.
Y para premiaron vuestra ejemplar conducta,
vuestras madres os van a llevar
a todos los cementerios lejanos,
al fondo de los mares,
a los escombros,
para que visitéis las tumbas
de los millones de niños y mujeres

que cayeron merced a vuestras travesuras.

Y ahora, a dormir, gorilas perfumados,
caínes internacionales.

NATURALEZA MUERTA EN AMARILLO

Vincent estaba solo,
solo de soledad,
solo de amor,
solo sin él,
y sin Theo,
su segundo corazón.
Nunca hubo un hermano
como Theo Van Gogh.
Pero Vincent tenía un vino,
y era el color.
El color amarillo,
que es el color del canto del grillo.
Y un día llegó Vincent Van Gogh
a Arlés.
El mistral
jugaba con su grito,
con su voz.
Y llevó contra el cuerpo
de una mujer
su amor.

El pobre y mudo amor
de Vincent Van Gogh.
Y sin un franco pagó el placer
con la paleta rosada
de su oreja en flor.
¡Qué sangrante,
qué feo,
estás Van Gogh!

Loco de fe,
de sol,
más loco que Cezanne,
que Tanguy,
que Lautrec,
que Seurat,
que Rousseau,
que Gauguin.
Loco de él,
de amarillo,
de luz.
Su corazón
pedía sol.
Sol
para las matrices selladas,
para los corazones baratos,
para las almas de segundo cuerpo,
para los músculos caídos,
para los senos en fuga,
para las cabelleras desoladas,
para los espejos nostálgicos,
sol, sol, sol.

Sol en los gemidos,
en los espasmos,
en las cadenas,
en las banderas ausentes,
en el suicidio,
en el adulterio,
en las rosas artificiales,
en la hora de la muerte,
en el siglo de la vida,
en el viento, en los molinos,
en los tulipanes,
en los cuervos, en los trigales,
en el silencio de las bodegas,
sol, sol, sol.

Sol para los niños de avellana,
para las hembras secas,
para los poetas sin poesía,
para su corazón,
para su sangre,
para su odio,
para su angustia,
para su soledad,
para su epilepsia,
para su sexo baldío,
y para el sexo
de Cristina y Margot:
sol, sol, sol.

Sol para el diamante mordido de tinieblas,
para la manzana calumniada,
para el puñal en el museo,

para las estatuas creciendo,
para el pez sin corbata,
para el búho oculista,
para los gheto
-barrios de la inteligencia-
para la mesa vacía,
para su comunismo integral,
y para Carlos Marx:
sol, sol, sol.

Y Vincent gritaba,
y el mistral se rompía
contra su voz:
si no hay pan,
dadme sol.
Sol para dormir,
para comer,
para amar.
Quiero beber sol,
comer sol.
Cuando caiga despedazado, roto,
vivo de muerte,
no me deis agua,
dadme una gota de sol.

Y murió loco de color,
de fe,
de sol.
Y en su tumba plantó Theo
sus girasoles
llenos de sol.

En el sol debe estar la tumba
de Vincent Van Gogh,
porque él estaba hecho y ebrio
de sol.

DISCURSO DE UNA OLA A LA NIÑA DEL MAR

Buenos días, buen sol y buena brisa,
Sussy Erika, de gracias abanico.
Me manda el mar a conocer tu pelo,
me manda el mar a conocer tu boca,
me manda el mar a acariciarte,
me manda el mar a sonreírte,
niña del mar, diafanidad de niña.

Te doy mis caracolas, ¡caracoles!,
por la concha bipolar de tus mejillas,
mi espuma y mis veleros
por el dental granizo que te falta.
No tengas miedo Sussy, ven más cerca,
hasta que toque yo la hoja
de celuloide de tus pies. Ahora
me calcé las sandalias para verte,
para que sean mis praderas
del color de tus ojos.
Sussy Erika, yo quiero

cambiar mi rutinaria sinfonía
por tu risa de estrellas,
de pétalos de arpa.

*La niña del mar,
en la playa, al sol,
se quiere casar
con un caracol.*

No temas Sussy, no, que yo te traigo
una enorme muñeca de crepúsculos,
un bebé que la aurora armó de algas,
un oso gordo de azuladas uñas,
y un caramelo que las garzas limpias
hicieron para ti de miel de nubes.
Entra más en el agua Sussy, entra,
que yo soy la princesa de tus cuentos
que mató un tiburón de una mirada.

*La niña del mar
-turrón, mermelada-
se quiere casar
con un pez espada.*

Vestida así de arena yo quisiera
quitártela y bañarte con mis manos,
oír tu voz y conversar contigo
como el poeta que a tu lado pasa
saludando a la vida.
Ven Sussy, ven, para que al mar yo diga
que en mis hombros le llevo la fulgente
orquídea rara de tu cuerpo,

porque sí no ese viejo me castiga.

*La niña del mar
decía hace rato:
me quiero casar
con un ballenato.*

¡Bravo, Sussy! Muy bien. Así. Mil gracias,
sirenilla dorada de horizontes,
amazona de espumas,
capitana de náyades.
Y adiós, adiós, aljófara, coral, vino,
júbilo, almíbar, bien, perfume, seda,
campánula, marfil, uva, lucero,
picaflor, picaversos, picaolas,
golondrina, esmeralda, albaricoque.

*La niña del mar
(sabe el mar a sopa)
se quiere casar
con una marsopa.*

Para que no te asuste mi arrogancia,
Sussy Erika de pan y de arco iris,
seré más leve cuando torne.

He dicho.

Al nacer –cómo me acuerdo–
sólo merecí media alma,
media luz, medio alarido,
media leche, media cama.

Con un día de nacido
libré mi mejor batalla:
a un enano –niño viejo–
le rompí la boca blanca.

Fui un niño de pelo en pecho,
un niño de rompe y rasga,
el terror de los turpiales
y el coco de las muchachas.

A los diez años cumplidos
(y era bella mi madrastra)
de casa me echó mi padre
porque le gané la dama.

Por una carta amorosa,
que en verso escribí a la diablo,
me dieron el premio Nóbel,
dos orejas y una pata.

Un lance tuve con Jorge,
y otro lance con Ahumada:
los dos murieron de susto,
y yo morí de nostalgia.

Después de escalar la iglesia
(y esta fue mi grande hazaña)
la custodia de Envigado
vendí al abate de Caldas.

Fui con Daniel el Hachero
su más leal camarada,
su consejero, su doble,
su brazo fuerte y su hacha.

Fui urbanista en la famosa
Villa de la Candelaria,
y allí negocié un palacio
que hice en Venus con barajas.

Fundé en Bogotá –remedo
del Páramo de las Papas–
una fábrica de adioses
y un almacén de fantasmas.

Varón simple, sin relieve,
especie de honrosa plaga,
elegante espantapájaros
con el pecho al sol y al agua.

Ahora soy una flecha
al vacío disparada,
el esqueleto de un faro,
la sombra de una palabra.

Soy un billete sin curso,
sorda moneda cansada,

soy un muerto con licencia
para dormir en mi casa.

No sé de nada ni nado,
ni de nada tengo nada,
soy un farol sin sombrero,
sin calle, en la noche larga.

Soy un conflicto sin caso,
una puerta sin aldaba,
una tuerca sin cabeza,
una aguja desojada.

Soy el vino que bebieron
los dioses en la estacada,
la copa que quebró el diablo
en su taberna de plata.

Soy un resorte de ausencia,
el recuerdo de una máquina,
la huella de una tormenta,
una nube torturada.

Soy el natural fracaso
del olerío en la playa,
soy del viento que ha llegado
la penitente sandalia.

Hombre de tierra sin tierra,
no hice más –¡Valiente gracia!–
que túneles en el aire
y agujeros en el agua.

Pero en mi mano baldía
la antorcha no está apagada,
y mi corazón de circo
desde su trapecio canta.

Mañana será otro día,
y el ayer será mañana.
-Más ginebra, compañero,
que aquí no ha pasado nada.

EL POETA VA DE COMPRAS

El oro salió del Banco,
con él me topé en la calle.
El pobre sufre un resfrío,
y ya no lo quiere nadie.

Véndame, señora mía,
sus labios de bienmesabe,
sus piernas de cedro joven,
y sus pestañas de alambre.

¡Ay, que hace días no veo
a mi novia de los martes!

Véndame un haz de asteroides,
un centavo de diamantes,

un maravedí de perlas
y un sestercio de volcanes.

Un tapiz de luna al vuelo,
una esmeralda en el aire,
una amatista sin Papa,
y un reloj sin amistades.

Un perfume de neblina
con zumos de plata y jade,
una jaula de aceitunas
y un ruiseñor de jarabe.

Un paquete de gusanos
finos, de primera clase,
para que devoren pronto
la jalea de mi carne.

Una corbata de espumas
y de hojas de río un traje,
dos camisas de fantasmas
y un sombrero de cadáver.

¡Ay, que hace siglos no veo
a mi novia de los martes!

Un atardecer de loros
políglotas, sin cantares,
y envueltas en nubes verdes
mil novelas policiales.

Un solo de galgo ruso,

un dúo de sementales,
un trío de hienas blancas
y un cuarteto de jaguares.

Una cebra sin pijama,
una libra de elefantes,
dos jirafas descotadas
y tres leones sin nadie.

Una pantera hechicera,
el enano aquél más grande,
y ese payaso que llora
vestido de chocolate.

Un automóvil de humo,
o de fuego, con garaje,
un helicóptero líquido
y un ajedrez con pedales.

Un revólver con mi miedo,
diez balas de calamares,
un puñal de caramelo
y un bisturí de guisantes.

Un maremoto de alpiste,
un terremoto de encajes,
un huracán de bolsillo
y un álbum de tempestades.

Quiero que estas cosas mías
a mi tumba me las mande,
pues parto para el infierno

en el avión de la tarde.

Y aquí tiene usted el oro
que yo me encontré en la calle.
El pobre se puso malo,
y ya no lo quiere nadie.

Muchos recuerdos, señora,
a mi novia de los martes.

INVITACION A LA MUERTE

Es más difícil vivir que ahorcarse.

HERMANN HESSE

I

Yo no sé –ni saber quiero–
si estoy viviendo o llorando.
Para comer con la muerte
me voy a morir un rato.

Me voy a morir de senos,
me voy a morir de labios.
Para hacerme otra envoltura
me voy a morir un rato.

No quiero morir de Ciro,
me quiero morir de Carlos.
Para conocer la tierra
me voy a morir un rato.

No quiero morir de muerte,
me quiero morir de sano.
Para saber si estoy vivo
me voy a morir un rato.

No quiero morir de lunes,
me quiero morir de sábado.
Para castigar mi sexo
me voy a morir un rato.

No quiero morir de cisne,
quiero morir de lagarto.
Para jugar con mis huesos
me voy a morir un rato.

No quiero morir de hoja,
me quiero morir de pájaro.
Para ver mi calavera
me voy a morir un rato.

Me voy a morir de amigo,
me voy a morir de mármol.
Para cambiarme de ojos
me voy a morir un rato.

Me voy a morir de vida,
me voy a morir de barro.

Para detener mi sangre
me voy a morir un rato.

Me voy a morir de risa,
me voy a morir de árbol.
Me voy a morir un poco,
me voy a morir un rato.

II

¿Quién no se llama Carlos?
CÉSAR VALLEJO

Ha muerto Carlos Mejía,
¡Al fin se murió de Carlos!
En la esquina de la Muerte
se lo llevaron los diablos.
Resucitó el mismo día,
y el récord le quitó a Lázaro.
Su muerte y su vida fea
por fortuna no cantaron
aedas de a dos por cinco,
juglares de tres al cuarto.

Yo no sé –ni saber quiero–
si está viviendo o llorando.

LA NEGRA ROSA

I

Esta tarde –luz oscura–
se murió Rosa, la criada.
Para morir se puso
su mejor camisa blanca.
¡Ay, Rosa de mis abuelos,
casi de mi madre hermanal!
¡Cómo la quería María,
cómo la quería Tatiana!
¡Ay Rosa, la brava Rosa,
ay qué bueno me pegaba,
si no corría al aljibe
a traer poemas de agua!
Rosa hablaba con la risa
y reía con el habla.
¡Cómo el aprisco de azúcar
de sus dientes le brillaba!
Por Rosa, –la negra Rosa–
en el jardín de la casa,
azucenas y gorriones
dicen blanca, blanca, blanca.

II

Dios en el alma de Rosa

sus vacaciones pasaba.
Cuando murió, de una nube
se vio caer una escala.
De buena, murió de buena,
de virginidad de plata.
La Muerte apenas le dijo:
-Escúchame dos palabras...
Se fue quedando dormida,
pensando en la madrugada.
pero despertó en el cielo,
en su cocina de nácar.
Se levantó sin su cuerpo,
alegre y acicalada,
con un corsé de la Virgen
y un polisón de Santa Ana.
En tanto que el desayuno
de sol y luna prepara,
ángeles y ruiseñores
dicen santa, santa, santa.

MAL RAYO LO PARTA

En el barrio pobre, niños
como muñecos de cera.
Hembras redondas, de pechos
y cabellos de tiniebla.

Los hijos del proletario

corren a la oscura escuela,
hambrientos y mal vestidos,
cual lobeznos a su cueva.

Uno de ellos se detiene
a hacer aguas. Sus vergüenzas
apunta a la luz del día
como confites de menta.

Y del poeta los hijos
comen bien y rasgan sedas,
y el poeta es socialista.
¡Mal rayo parta al poeta!

HUELGA DE ÁNGELES

*Para Adán Arriaga Andrade y Otto Morales Benítez,
hábilos buzos de las innumerables lagunas
del Código Sustantivo del Trabajo.*

San José se llevó al cielo
su taller de mala muerte,
y en el cielo se divierte
con muebles de mediopelo.
Sus taburetes de yelo
y sus poltronas de nieve,
los fabrica en tiempo breve
mientras ángeles de menta

le exigen pague la cuenta
de salarios que les debe.

Los líderes celestiales
presentaron ya –bribones–
un pliego de peticiones,
de peticiones verbales.
Piden alza de jornales
y campo de balompié,
billar y salón de té,
salacunas y piscina...
y hay que verle la mohína
al industrial San José.

Alega entre serio y bravo
que la madera ha subido,
que en los clavos que ha perdido
esta vez no dio en el clavo.
Que no produce un ochavo
aquella ebanistería,
de la que nadie se fía
y nunca se ve que avance,
y les presenta el balance
de "JEJOMA y Compañía".

Los obreros y aprendices
fortifican su reclamo,
y notifican al amo
que en la huelga están felices.
San José sus cicatrices
contempla en su mano larga,
y con voz dulce y amarga

les suplica en tono bajo
que regresen al trabajo...
Y ellos gritan: ¡A la carga!

Sindicatos del diamante,
de la luz y del perfume,
apoyarán –se presume–
al movimiento gigante.
Se organiza en un instante
un mítin casi siniestro,
e insinúan el secuestro
del hijo del millonario.
De piedras cae un rosario
en el taller. Padre nuestro...

Intervienen San Clemente
y Lenin y San Mateo,
Marx, Stalin, San Tadeo,
Bakunin y San Vicente.
–Es un burgués indecente,
gruñe Karl. San José calla,
y en las calles la metralla
a su música se apresta,
y se oye allá la protesta
de la celeste canalla.

San José lleno de espanto,
suavemente y manso dijo:
–Por la salud de mi hijo
me entrego con gorra y manto.
Aquí les dejo mi llanto
y mi afán y mi sofoco,

el Pasivo, que no es poco,
el good-will, que es mi pobreza,
y este dolor de cabeza
que me está volviendo loco.

Los ángeles –con matracas–
se tomaron el taller.
San José se fue a leer
sus novelas policiacas.
y en su rancho de albahacas
pasa sus días frutales,
sin conflictos laborales,
sin cepillo y sin garlopa,
gustando la eterna sopa
que le da María Puñales.

UNA GAVIOTA

Esta isla sin aves, este cuento
de las islas de ensueño, no me suena,
no me suena este canto sin sirena,
que este canto sin ave es un lamento.

Un ave necesita el pensamiento
para viajar a lomos de su pena,
un ave, un ave plástica, de arena,
que haya esculpido en su taller el viento.

Esta isla sin aves me atolondra,
ni media golondrina ni una alondra.
Sólo de pronto miro, clara nota,

una gaviota – matinal pañuelo–
que sola y extraviada acorta el vuelo...
¡No me faltaba más que esta gaviota!

FRENTE A CHIPRE

En corneta de espumas toca a diana
el mar de las hazañas más famoso.
El aire es un Narciso voluptuoso,
y es Afrodita en oro la mañana.

La nave frente a Chipre se encampana
y saluda a la isla en su reposo.
En la proa el amor, alto, armonioso,
su grito envía a la mujer lejana.

En vino rojo se ha bañado el día.
Es una orgía de cristal la orgía
del cielo, el mar, la brisa, el sol y el ave.

De rosas cortesanas hay un vuelo,
y del mar –que en el mar casi no cabe–
cual Baco en llamas sube el sol al cielo.

SOLO DE MAR

Nunca un barco a la vista, no la roca
movible sobre líquida pradera.
Esta crisis del mar me desespera.
Mucha desolación; música poca.

En este puerto pálido no toca
ni el arca de Noé. ¡Oh, ni siquiera
un buque de papel! La marinera
noche se ha vuelto de tristeza loca.

Solos la playa y yo. La playa ensaya
un solo de arpa, y a mi vez yo ensayo
otro solo de mar, solo en la playa.

Cielo desierto. En su mudez el cayo
de Johnny Cay, sombrío se desmaya...
¡Jehová, por favor, sírreme un rayo!

EN CASA DE LUCRECIA BORGIA

Muchas gracias, Lucrecia, te agradezco
tus finas atenciones, pero ahora

de tu joyada mano pecadora
ni frutas, ni manjares apetezco.

Cómo estás de sonora y seductora,
cómo me enseñas lo que no merezco;
en un río tan hondo yo no pesco,
y cómo estás de atenta y servidora.

Con qué verde eficacia te entretienes
en tu laboratorio. Vas y vienes
entre frascos y pomos a tu amaño,

y nunca he visto diligencia tanta.
¡Mil gracias! El veneno a mí me encanta,
pero con soda me hace mucho daño.

A PENÉLOPE EN SU PENA

Qué mujer más idílica y más buena
eres tú, del amor la fiel figura.
Mucho me duele tu esperanza oscura,
y me apena, Penélope, tu pena.

De nobles intenciones estás llena,
y qué firme y qué fuerte tu ternura.
Si ese amor inmortal tanto te dura,
vas a caer de amor sobre la arena.

Tejer y destejer un breve lienzo,
en medio de aquel tedio tan intenso,
ya con los sueños y las sienes grises,

y Ulises por allá, feliz y osado,
de una media sirena enamorado,
y toda tú muriendo por Ulises.

A MONNA LISA

Una profunda admiración escondo
por tu vida y tu tela. Tu sonrisa
es claramente del amor la brisa,
o el himno de tu rostro muy redondo.

Por el camino que te queda al fondo
de tu pintura y que tu espalda irisa,
me parece que viene a toda prisa,

indignado, Francesco del Giocondo.

Y es que, señora, no hay derecho para
que tú, por poseer tan buena cara,
estés cuatro años del pintor al lado,

él pinta que te pinta, y en su quinta
tu esposo –porque no toca ni pinta–
solo, a su mesa –sin comer– sentado.

A TAÍS DE ALEJANDRÍA

Generosa Taís, sin previa cita
salió, rumbo a tu casa, mal vestido,
mal comido y bebido y mal dormido
Pafnucio, el muy barbado cenobita.

Intenta, al parecer, con su bonita
voz, con razones sanear el nido
de tu cálido pecho distinguido,
donde el pecado como mar se agita.

Tú, diosa y cortesana de alto vuelo,

debes estar alerta, pues recelo
que sus miras y planes disimula.

Mas con tus brazos –arcos de jacintos–
con vino y miel, y so los terebintos,
yo creo que el asceta capitula.

LA VENGANZA DE LA DIOSA

De cómo Diana, la diosa de la caza, se le pasó al venado.

El centauro Quirón educó al mozo
que Acteón se llamó. Y era muy dado
a la caza del ciervo engalanado
del ramaje frontal maravilloso.

Tenía muchos perros. Con qué gozo
los veía ladrar desde el collado,
y si una buena pieza había cobrado,
no cabía en su cuerpo de alborozo.

Bañándose desnuda estaba un día
Diana; la vio Acteón, y ella, bravía,

lo transformó en venado bien corrido.

Perseguido por valles y por cerros,
fue el cazador cazado, y ya cogido,
fue bien comido por sus propios perros.

CONTRA DON JUAN

No eres más que mostachos y sombrero,
hermoso fanfarrón a la española,
muñeco de serrín y de escayola,
y en historias de amor un embustero.

No creo en tu valor ni en tu dinero,
ni creo en la famosa carambola
que le hiciste a don Luis, que ni una sola
de tus conquistas pasa del lindero.

Eres por tu dudoso repertorio
a duras penas un San Juan Tenorio,
que del arte de amar todo lo ignoras.

Pues por Tirso yo sé que tus Ineses
y tus Elviras son, y eran –a veces–

donceles disfrazados de señoras.

MUERTE Y TESTAMENTO DE DON JUAN

Murió de muerte, en el primer ensayo,
no dijo fu ni mu, ni dijo pío,
se fue quedando bellamente frío,
sin su paje, sin él, sin su caballo.

Cuando le vino su postrer desmayo
y su mostacho se dobló, sombrío,
se oyó un seco "hasta nunca, señor mío",
que lanzó de su rama un papagallo.

Murió con su pobreza y sus pecados,
ni un diamante en su mano jubilada,
nada de aquellos sus famosos vinos.

De millares, y en seda –y dedicados–
sólo dejó una rica y muy variada
colección de calzones femeninos.

CELESTINA TRABAJA

Con su vistoso manto de anascote,
y su muy aliñado sombrerete,
la Celestina, pálida, se mete
en la morada de don Juan de Argote.

La acompaña una moza –qué descote–
qué riqueza de boca y colorete,
no es ella, no lo es, de alto copete,
pero de "La Andaluza" lleva el mote.

El amor al galante se le inflama,
y la mira y le dice que la ama,
y hasta el negro mostacho se le enciende.

Y la vieja, con artes de tercera,
por lo que la compró don Luis Cabrera,
a don Juan, como virgen, se la vende.

LAZARO INTERROGADO

Cuando dejó el primer resucitado
su cómodo sepulcro, sus parientes
muy asombrados, todavía dolientes,
lo ungieron con unguento perfumado.

Un hábito suntuoso, asaz morado,
le pusieron amantes, diligentes,
le dieron a beber vinos calientes,
y frutas frescas del vecino prado.

Y ya felices, con las manos juntas,
lo atacaron con cándidas preguntas
de una curiosidad desesperada.

–¿Tú viste el más allá? Y él dijo, avaro:
–Por allá es todo oscuro, muy oscuro,
y en un día no más no se ve nada.

LA MUERTE DEL BUFÓN

El heroico bufón se pone grave,
y un poco antes de estirar la pata,
con sus piruetas mil hace de gata,
de perro y burro, de gorila y ave.

En su lecho de muerte nadie sabe
lo que su genio inventa, y cómo trata
de hacer reír la Muerte, rota y chata,
pues su gracia en el mundo apenas cabe.

Un eminente amigo de su chiste,
al oído le ruega, serio y triste,
que lo encomiende a Dios, de dones largo.

Y el bufón moribundo, dice, quedo:
-Átame ahora un hilo en este dedo,
a fin de que me acuerde de tu encargo.

LA ULTIMA AVENTURA DE
SHERLOCK HOLMES

Deja el violín y vamos, camarada,
a investigar un crimen de primera,
pues te digo que ha sido asesinada
la esposa del banquero, la banquera.

Parece que su hermosa jardinera
la halló bajo un rosal, ensangrentada,
apretando en su mano una chequera,
y una carta de amor, no estampillada.

Dije esto a Holmes, y de pordiosero
disfrazado salió, lince ligero.

Tornó más tarde y díjome, calmado:

Hoy también a la esposa del cajero
y a la del jardinero han ultimado.
La asesina... ¡es la esposa del cartero!

A Mr. ADAMS

La noticia que tengo de tu oscura
existencia, mi caro mayordomo,

me dicen que eres de talento romo,
cerril, cerrado y de cabeza dura.

Que sin hacerte nadie la escritura
del Paraíso, en él entraste como
Pedro en su casa, sin ningún asomo
de honradez. Comunista es la figura.

También me informan que mujer tomaste,
sin bendecir la unión, y que engendraste
a Caín, el maestro de la esgrima.

Qué se puede esperar de un hombre hecho,
así de pronto, sin amor, sin lecho,
y sobre todo sin materia prima.

NEGOCIO SOMBRÍO

La sombra amiga que de antigua data
le lleva agua corriente a mi molino,
ésta que en este terrenal camino
ha sido alondra, moscardón y gata,

me ha dicho que mi vida la maltrata,
que ya no puede más con mi destino,
que le duelen las piernas. (Yo adivino
que me cambió por otro esta mulata).

Tiene razón mi sombra. Pero ignora
que yo, por mil motivos de pobreza,
se la he vendido al diablo hace una hora.

Así lo hice con la vaga intrusa,
porque supe además, y con certeza,
que ya la sombra corporal no se usa.

NATURAL

Con diez metros de tubo intestinal,
no extrañes que sea malo Pedro Nel,
que decente no sea Luis Miguel,
y que un mezquino sea don Pascual.

Si es el hombre un magnífico animal,
espera lo que sepa darle él,
que hacen al día idéntico papel,

el rey, el cerdo, el asno, el mariscal.

El estómago es amo en el civil,
priman el ignorante y el servil,
y no ser buena gente es lo normal.

Todo será más sucio bajo el sol
mientras tengas que hinchar de carne y col
tus diez metros de tubo intestinal.

UNA BELLA ENEMIGA DE LO BELLO

Sólo hablaba de tangos y de goles,
a las alondras las miraba apenas,
entre las coles y las azucenas
ella se desvivía por las coles.

Arrancaba los altos girasoles,
luego sembraba allí sus berenjenas,
escupía a los libros y colmenas,
y a las estatuas y los caracoles.

De lo bello enemiga, muy hermosa,
no la amó nadie. Millonaria ociosa,
nunca salió de su mansión dorada.

Murió vencida de fulgentes joyas.
Yo le mandé a esta virgen desdichada
una corona de ajos y cebollas.

UNA VIDA EJEMPLAR

Se levanta a las ocho, se rasura,
se baña, desayuna, besa a Trina,
sale derecho para su oficina,
la lucha en la oficina es larga y dura.

Telefonea, ordena, Junta, opina,
dicta cartas, revisa una factura,
y a las ocho, ya noche, con presura,
va en coche hasta su casa y su rutina.

Ocho y media. Su gente, reunida,
llega a la mesa. Regular comida,
televisión y sueño y un bostezo.

Y halla después de diligencias tantas,
el mismo lecho con las mismas mantas,
la misma esposa con el mismo beso.

ESTAR ENAMORADO

Hay que vivir y estar enamorado
de alguna cosa, de una sombra bella,
de la perdiz feliz y de la estrella,
de una puerta, de un puerto equivocado.

Estar enamorado de la huella
que deja el viento fauno sobre el prado,
de la nube, del árbol angustiado,
de un caballo, del globo y la centella.

Estar enamorado tercamente
de una idea, de un libro, del sonriente
maniquí, de tu siglo, de tu hora.

Mas lo grave de tanto amor a bordo,
es que de pronto, sin pensarlo, sordo,
terminas por querer a tu señora.

UN PUENTE Y UN BIKINI EN EL JORDÁN

Al valle del Jordán, una mañana,
pronto llegué de su color vestido.
Mi compañera hirió, con su florido
bikini, el agua de moral cristiana.

Este río de historias, desteñido,
es un río de música y de lana,
mas cómo gime su corriente cana,
cuán sus arenas han palidecido.

¿Un puente en el Jordán? ¡Vaya proeza!
Se ve que se adelanta y se progresa,
que el hombre ya sí es hombre y más humano.

Pasó aquel tiempo de ocio, pobre, austero,
en que por no llamar a un ingeniero,
de un milagro cualquiera echaban mano.

MUJER A CABALLO

Ella misma bañaba el cuerpo airoso
de su bello caballo de carreras;
brillaban de cariño sus ojeras
al verlo en el establo, fiel, sedoso.

Sabía sus costumbres y maneras,
le hablaba cariciosa, y él, fogoso,
la miraba callado y afectuoso,
y admiraba del pecho las dos peras.

Le daba azúcar con sus manos blancas,
le besaba las crines y las ancas,
el labio bello y la estrellada frente.

Lo amaba tanto ya, con tanto celo,
que de noche no más, pálida, ardiente,
solos, desnuda, lo montaba en pelo.

TRAGEDIA DE UNA VIRGEN

Era una buena chica, bien plantada,
vivaz, alegre, fina, coquetona,
era una gran delicia su persona
por dioses y por diosas alabada.

Las Tres Gracias le dieron la corona,
y por grandes poetas celebrada
fue en el alto Parnaso señalada
como la más picante y la más mona.

Pero el amor –el bicho entre los bichos–
que tiene sus manías y caprichos,
de su moral va siempre a la defensa.

–Virgen y rica soy... me dijo un día,
y exclamé sin creer lo que decía:
¿Virgen y millonaria? ¡Qué vergüenza!

DE VISITA

En el salón de clásicos cojines,
de sillas y sofás descoloridos,
hablamos de sortijas y de nidos,
de parientes, de calles y jardines.

De bodas, de paseos y de cines,
de matrimonios mil, mal avenidos,
de la moda de jóvenes torcidos,
y de torcidas jóvenes con crines.

Ella es muy bella y además perfecta,
no se separa de la línea recta,
un virtuoso animal, bien educado.

Mas salí de su casa convencido
que no hay nada más sano y aburrido
que una señora sin ningún pecado.

MUJER AL DIA

En Nueva York la conocí vestida,
casi vestida, rubia abrasadora,
qué señora tan bien, qué distinguida,
y qué dama tan fina y seductora.

Se tomó varias copas, complacida,
a nadie más miraba –ni la hora–,
qué pierna más nerviosa y más movida,
qué estilo de mujer, qué fumadora.

Me decía que el oro era muy bueno,
que era fiel y que nunca estuvo en Reno,
que su esposo era rico y respetado.

Pero un error sufrió la tentadora,
pues si aplaza aquel sí, se habría ganado
por lo menos un día de señora.

ASÍ ERA OSIVA

Blasfemaba muy bien en italiano,
alemán y francés. Como pianista,
Osiva era la aceptable artista,
y era hermosa de noche, al sol y al piano.

De elogiar sus talentos yo me ufano,
que también era experta acuarelista,
o hacía bella prosa modernista.
¡Qué generosa y sabia era su mano!

No le faltaba prenda a aquella dama,
tres veces viuda se acercó a mi llama,
y hubo calor y amor bien repartidos.

Por agüero yo fui su mejor cliente,
su amante apenas, porque francamente,
le duraban muy poco los maridos.

IRENE

Bella y simple. Eso era. Pero era
más sana que un adiós de golondrinas:
eran sus carnes cálidas y finas,

como las carnes de la primavera.

Rubia y blanca. Muy seria. Mandarinas
sus pechos. Con la gracia más sincera
–cuando bebía– riente y placentera,
miraba al cielo como las gallinas.

Era algo así como una zanahoria
con faldas, sin cultura, sin historia.
Por si las moscas, demasiado arisca.

Hoy de distinto modo muele el grano,
ya de tonta no tiene ni una pizca,
¿y de arisca? ¡Qué va! Come en la mano.

FÁCIL CORNAMENTA

Aquella noche don Torcuato Zea,
muy achispado él, decirme pudo:
nunca, nunca jamás seré cornudo,
porque es mi esposa demasiado fea.

Y en verdad que sí es fea Dorotea,
no lo duda el vecino, ni lo dudo
yo que a su casa con frecuencia acudo,
ni tampoco cualquiera que la vea.

No tiene ella talento ni buen trato,
pero la dama tiene garabato,
y un amigo que fea la desea.

Y fue este amigo cándido, prudente,
quien un día en sus barbas, fácilmente,
hizo cornudo a don Torcuato Zea.

CUENTO DE UNA MUJER DE MALA SUERTE

Se encontraron ayer dos alemanas,
amables, agradables y atractivas,
gráciles, generosas, sensitivas,
dos alemanas como dos hermanas.

Ni jóvenes aún, ni muy lozanas,

inteligentes, rientes, emotivas,
en las labores del amor activas,
a pesar de que están peinando canas.

Una de ellas con su voz de harina
le pregunta a la otra –Catalina–
si en el enlace cuarto bien le ha ido.

Y Catalina contestarle pudo:
–Volví al divorcio porque aquel marido,
como los otros, resultó cornudo.

UNA MUJER EN CINCO TOMOS

Qué novela más viva esta señora,
qué señora más caso de novela,
esta señora que al pasar encela,
es toda una belleza arrobadora.

En falsos amoríos es doctora,
de aventuras y trampas tiene escuela,
y en asuntos de amor su larga espuela
es curva, aguda, fácil heridora.

No ha amado nunca y ha salido ilesa
de conflictos eróticos, que ella ama
sin amor, y no besa cuando besa.

Mil y un amores en su pecho caben,
que las cosas que sé de esta tal dama,
en cinco tomos por lo menos caben.

COMO EN LAS MIL Y UNA

La moza aquella, de belleza suave,
diez mil dinares me costó –no menos–.
Flormiel fue envidia de califas buenos,
pues todo el zoco de sus gracias sabe.

Su cuerpo siempre la vendimia alabe,
que están sus brazos de delicias llenos,
calabacines de marfil sus senos,
y su saliva del mejor jarabe.

Buena la compra fue, casi estupenda,
a esta muchacha no le falta prenda,
con esta joven me he sacado el clavo

de la princesa que merqué en Basora.
Pero quién sabe si Flormiel ahora
también se acuesta con mi negro esclavo.

LOS ORGIOFANTES

Buenas noches aquellas, al acaso,
en un coche prestado, siempre al trote,
con aquel corazón de bote en bote,
el sexo en ristre, y el dinero escaso.

Flor Ramírez, sentada en mi regazo,
morena grácil, fácil el descote,
Olga Orrego, don Efe, sencillote;
un ángel ebrio nos llenaba el vaso.

Don Efe a Garcilaso revivía,
de Darío los versos yo decía,
la lujuria llegaba hasta las flores.

Aguardiente, el Pelón, y verdes chistes,
y ordenaba la aurora al vernos tristes:

–¡A la cama, señoras y señores!

PASEO LUNAR

Y yo subiré a tu enhiesto
cuerpo de curvas ligeras,
subiré a las cordilleras
de tu alto pecho bisiesto.
Estaré, galante, apuesto,
de escafandra y sin clavel,
y heroico, atrevido, fiel,
como amoroso astronauta,
descenderé con mi flauta
hasta tu luna de miel.

EL DIAMANTE

Es el más perfecto amante,
es el Morgan del fulgor,
es y será –a mucho honor–

don Juan de luz, el diamante.
Este famoso brillante,
esta piedra jubilada,
en caja fuerte guardada,
es por el ocio y el precio,
un parásito y un necio
que no sirve para nada.

MUJER FRÍA

Eres guapa, eres sana y limpia eres,
sabes a pan, a luz, a tarde, a cielo,
las estrellas te prestan su pañuelo,
y eres buena entre todas las mujeres.

Para verte, la miel baja su velo,
mas ni a las niñas de tus ojos quieres,
no te gustan caricias ni placeres,
de tu labio el amor alzó su vuelo.

También eres hermética, egoísta,
para la frigidez tú vives lista,
lejos del ascua estás, del fuego lejos.

Es tu amiga la escarcha, el frío, hermano,
el hielo es consejero de tu mano,
y se empañan al verte tus espejos.

CITA A LAS 6

Nunca incumplí una cita, y mucho menos
con mi dorado trébol de cuatro hojas,
la grande amiga de mis paradojas,
diosa de pies y piernas y de senos.

Ella alegró mis duelos y congojas,
y asordinaba los temidos truenos,
que conmigo los dioses no eran buenos,
y yo era el monstruo de las manos rojas.

Y por arte de embrujos y tapujos,
de falsos genios y de ingenios brujos,
me hizo el cielo al salir muy mala cara.

A la cita llegué, cansado un poco,
más tarde llegó Osiva, y cosa rara,
ella no estaba allí ni yo tampoco.

Yo vi en la noche su carnal destello,
y fui ahí mismo su encontrado amante;
su bombonera boca delirante
fue mía con su mano y con su cuello.

Todo un día de amor, sonoro, bello:
se alargaba el amor a cada instante,
rodaba por su pecho llameante,
y ardía por su espalda y su cabello.

Al separarnos fuimos muy felices,
aquel último beso fue un festivo
adiós de alegres notas y matices.

No volví a verla más desde ese día,
porque yo nunca supe dónde vivo,
ni ella supo jamás dónde vivía.

¡VIVA LA VIDA!

Sin embargo la vida es el invento

mayor que ha hecho el hombre de barato,
el más interesante, el pingüe trato,
la jugada feliz de aquel momento.

Es poesía y es novela y cuento,
drama y tragedia y un sainete grato,
veneno a veces y excelente plato,
y hasta vale un comino y un pimienta.

Es una mezcla de contento y llanto,
un cóctel de tormentos y de canto,
y es, en fi, una fórmula y un arte.

Y lo mejor de todo es que una vida
es muy fácil de hacer. Basta, querida,
que tú pongas un poco de tu parte.

MARYLA CANTA

Entra en mi casa, me recita y canta,
su simpatía y su alegría riega,
todo suena a cristal si riente llega,
la sangre la saluda y se levanta.

El alma con sus galas se le entrega,
y con sus ojos y su voz se encanta,
galante el corazón besa su planta,
y la mirada con sus manos juega.

A su lado mi alma se perfila,
en el balcón las hojas y las flores
le gritan vivas a mi fiel Maryla.

Con ella todo el almanaque es mayo,
con ella olvido todos mis amores,
y en ella todos mis amores hallo.

POR SUS AMADOS PIES

Ella estaba luciente y verdecida:
verdes los ojos, el cabello, el traje,
verde amor, verdegay era el paisaje
cuando llegó lejana y sonreída.

Su presencia –de rosas oleaje–
regocijo montó en la casa ardida.

Mi vida en blanco a su querer asida,
rindió a la bienbesada su homenaje.

Y doblé los hinojos. Reverente
besé sus pies de nardo adolescente,
donde el marfil cursó docta blancura.

Sus muy amados pies, porque ellos fueron
los dos pajes de nácar y ternura
que una noche hasta aquí me la trajeron.

LECTURA DE SU CUERPO

Todo tu cuerpo me leí; ternura
hay en su texto de amorosas minas,
guarda páginas mágicas, divinas,
tiene estilo elegante y donosura.

Dos noches me ha llevado su lectura:
se describen allí valles, colinas,
la oscura vid, nidal de golondrinas,
es una obra de arte y galanura.

Qué edición más perfecta y esmerada,
y qué dorados en su piel rosada,
¡oh filigranas del luciente lomo!

Y aunque te admiro y amo pliego a pliego,
y me culpes de ingrato, no te niego
que estoy pendiente del segundo tomo.

LA PALMERA Y YO

Hoy estoy más tranquilo, y más sedante
está el mar. De mis nervios el jaleo
ha cesado por fin, y aquí me veo
con menos neura y con mejor semblante.

La palmera –¡Qué fina y elegante!–
alza el verde plumón de su trofeo;
con el alma en la playa me paseo,
que por la playa el alma es más brillante.

De silencio y licor será el programa.
Baila mi corazón sobre la grama.
(Me cae gordo el corazón, Mendía).

De pronto, sin saberlo, me aletea
en la memoria la lejana Hiblea.
¡Ya vino Hiblea a complicarme el día!

INTERROGANTES EN EL AGUA

Echando bendiciones de belleza
y fuego, a la piscina se encamina
Osiva, la fiel copia venusina
que es selección de la naturaleza.

Nueva ondina ondulante con destreza
armoniza y decora la piscina.
Del alto trampolín la cristalina
agua golpea, y a entibiarla empieza.

Entre alborozos, gritos, y entre cantos,
luce triunfante y grácil sus encantos,
y a preguntarse un rato se detiene

por qué razón, o ley de antigua data,
ella que nunca ha sido mojigata,

vive tapando lo mejor que tiene.

TIPO DE AMOR

Ese tipo de amor tiene un defecto,
pues tarda mucho en encender. Señora:
el modelo de amor –de ayer, de ahora–
es el físico, el práctico, el directo.

En calidad y técnica es perfecto,
es un lince en las noches, y a la aurora,
cuando llega a las curvas, colabora
con Ovidio, su guía más selecto.

Esta clase de amor es la gran clase,
la que de amor y con amor se hace,
aun más buena con jugo de manzana.

¿Cuándo has oído tú que la paloma
al palomo le diga, ni por broma,
que es mejor que la alcoba la ventana?

ASÍ ES LA COSA

Todo marchaba bien. Salud, dinero,
deleites y paseos, joyas, trajes.
Bailes fastuosos y costosos viajes,
cómo hacían sufrir a mi banquero.

Por ella su modista y peluquero
tuvieron mil carruajes y potajes,
ejércitos de criadas y de pajes
a su servicio puse placentero.

De qué modo me amaba, de qué modo,
halagos y caricias tuve a rodo,
hasta que ya muy pobre, una mañana,

mi beso sin su boca se despierta,
que cuando entra la ruina por la puerta,
huye raudo el amor por la ventana.

CONFERENCIA TELEFÓNICA

Tomo el auricular del aparato:

-Póngame con Madrid, mi señorita,
Madrid de España, la ciudad bonita,
Torres Bermejas, 8, Eduardo Dato.

Quiero con ella reanudar la cita,
que con Hiblea hablar es bello y grato.
La besaré en mi oído. Espero un rato,
y al fin suena su voz que al agua imita.

-¿Hiblea? -Sí. ¿Qué ocurre? ¿Quién me llama?
-Te llama el hombre que mejor te ama,
aquel fantasma de chaqueta roja,

tu amigo sin querellas ni reproches,
tu viejo enamorado de alma coja...
-Voy a colgar. ¡Qué loco! Buenas noches.

CUENTO CON UNA YEGUA AL FONDO

El fornido marido, generoso
y feo era, y ella rubia era.
Él tiraba el dinero a su manera,
y al parecer vivían delicioso.

Él muy viajero y ella muy viajera
dieron vueltas al mundo tormentoso,
la amaba tanto, tanto, que su esposo
la iba a matar un día en la Riviera.

Qué ejemplar de mujer, qué vigorosa,
y qué paso y qué bríos, qué nerviosa,
cuando pisaba florecía el suelo.

Por la avenida verde y ondulada,
él la exhibía bien enjaezada,
mas yo en mi casa la admiraba en pelo.

BUENA SUERTE

Bella suerte he tenido, lo confieso,

fui siempre un inspirado afortunado,
la lotería y el amor me han dado
sorpresas y emociones en exceso.

Jugador y amator, de amor sabueso,
tuve suertero y novias de mi lado,
a veces, claro está, me he equivocado,
de números y manos, banca y beso.

Gané muchos torneos y placeres,
y en el juego de cartas y mujeres,
si perdí el corazón, tomé un denario.

Pero nunca mi suerte fue tan buena,
como cuando mi insulsa Filomena
se fugó con un joven millonario.

TODO EN ORDEN

A Lina yo esperé con cama y cena,
la esperé hasta las dos de la mañana;
ella se fue a una fiesta con Aldana,
yo al fin me consolé con Magdalena.

Es Aldana un famoso tarambana,
y Magdalena no es del todo buena;
no es mala Lina, no. Y no me apena
si al aire aquella noche echó una cana.

A tal fiesta llegué. Lina, muy mona,
bailaba con Aldana una chacona,
con Magdalena yo bailé guabina.

Se fue Aldana con Lina, mi morena,
en el patio la aurora era de harina,
y yo me fui a dormir con Magdalena.

FINAL CON OSO

Hame Cupido escupido.

TIRSO DE MOLINA

I

Aquel amor no pudo ser famoso,
ni pudo ser, tampoco, milagrero,
pero sí fue el más falso y embustero,
y creo fue el amor más peligroso.

Yo hice de gitano y de cuatrero,
y tú, tan bella tú, hiciste el oso,
y por calles y plazas, codicioso,
tú bailabas al son de mi pandero.

Yo te quité el bozal y la cadena,
tú me dijiste adiós desde la arena,
mas yo pasé contigo delicioso.

Yo te quemaba mi mejor cartucho,
tú no me amaste nada ni yo mucho.
(Anuncio urgente: Necesito un oso).

II

Yo necesito un oso que comparta
conmigo mi conflicto solitario;
un oso vertical y extraordinario,
pues ya mi corazón penas ensarta.

Esta idea del oso no se aparta
de mi conciencia y del sexual calvario.
Me urge un oso sin osa y sin horario,
que le lleve a García aquella carta.

Ha de ser este oso que aquí busco,
más humano que el otro, y menos brusco,
mas de su mismo garabato y casta.

Para que no haya más farsa y engaño,
la nuestra ha de vestir traje de baño
de pieza y media. No. Con una basta.

III

Era aquel oso un oso amaestrado,

un oso de belleza patentada,
un oso que tenía la mirada
como si fuera un oso enamorado.

Era aquel oso de especial fachada,
el plantígrado más, más bien plantado,
un oso que si acaso había pecado,
para él el pecado no era nada.

Aquel oso era un oso blanco, listo,
era el oso más guapo que yo he visto,
era, en fin, aquel oso lo que era:

un oso malgeniado y muy ladino,
un cruce de león y de pantera,
pero técnicamente femenino.

IV

Quiero un oso muy dulce y generoso,
un oso ni muy cisne ni muy fiero,
que me sirva de pipa y cenicero,
que no sea curioso ni celoso.

Un oso –nunca el oso aventurero–
prudente, inteligente y bullicioso,
un oso sin complejos, fiel, sedoso,
y sobre todo un oso lisonjero.

En mi Zoo estará como en su casa,

será su cena: hormigas a la brasa,
leche, lechuga, vino, pavo y huevo.

Lo pasará muy bien si bien se porta,
si mi corta vejez nada le importa...
(Aviso: Vendo un oso casi nuevo).

MALAS HORAS

Ya no llegas a mí. Tú ya no vienes
a ver mis libros y a leer mis flores,
no me enseñas la flor de tus amores,
que en la maceta de tus manos tienes.

Si vieras cómo tengo ya las sienes
de esperarte en mis trágicos temblores,
¡pero cómo, dolor de mis dolores,
con mis largos dolores te entretienes!

Paso las horas sin oír tu paso,
me las paso mirándote en mi vaso,
y me las paso con la luz alerta.

Así las paso, que si no te veo,

mañana encontrarás, mañana, creo,
mi elegante cadáver en tu puerta.

BALANCE SENTIMENTAL

Estoy en paz contigo y con la suerte,
ni a ti ni a ella no les debo nada,
jugamos a la dicha comparada
y de la luna al sol no volví a verte.

Me resigné a dejarte y a perderte,
y a mirar del amor la encrucijada,
a no ser yo el amado y tú la amada,
pues no supe quererte hasta la muerte.

Te quise hasta tu puerta, hasta tu techo,
hasta mi corazón de amor estrecho,
y hasta tu corazón de calicanto.

Yo te amaba y tú fuiste casi buena,
tú me amaste y me hiciste aquella escena...
¡Todavía me río de tu llanto!

DESPUÉS DE MUERTO

Si me muero del todo –y Dios me asista–
te excuso de llevarme aquellas flores
de amarillos y técnicos colores
que el mentido dolor pone a la vista.

Te recomiendo, amor de mis temblores,
que cuando tú mi tumba tengas lista,
esté provista, pero bien provista,
de teléfono, baño y ascensores.

Que sea una tumba confortable, grata,
con vasos de oro y ventanal de plata,
sillones verdes, bar, tapices, seda.

Una tumba a la moda y con espejos,
que no me quede de la tuya lejos,
para llamarte a gritos cuando pueda.

MUJERES Y LIBROS

En amar y leer se fue mi vida

feliz, que un vaso de ilusión remeda,
pasó fastuosa con sus pies de seda,
de corazones y papel vestida.

Aun en mis ojos solitarios queda
el brillo vespéral de su partida,
besos y letras me dejó, rendida,
cómo en mi alma desolada rueda.

Leí mucho, amé mucho, ellas y ellos
dejaron nota blanca en mis cabellos,
y a la vez me abrumaron de placeres.

Ellas me dieron fuertes coscorriones;
yo he debido invertir mis dos pasiones:
besar mis libros y leer mujeres.

REGRESO DESGRACIADO

Cuántos días pensando en su regreso,
cuántas horas viviendo sin su abrazo,
cuántas horas soñando en su regazo,
cuántas noches temblando sin su beso.

Y qué desolación, qué mal, qué peso
en el alma y la voz. La copa, el vaso,
se empañaban sin ella, y ya mi paso
se quebraba en las calles hueso a hueso.

Los vagones y coches de los trenes
chocaban en el sueño con mis sienes;
ella fue la mujer más esperada.

Tornó al fin en la punta de un enero,
para banquete de mis labios, pero
¡cómo llegó la pobre de averiada!

A COCÓ MEJÍA

Yo amo a la nieta mía
cual la liga a la navaja,
como el agua a la tinaja,
cual la sed al agua fría.
Igual que la luz al día
amo su oscura pupila,
su boca que miel destila,
la amo cuando es Cocó-flor,
la amo cuando es Cocó-amor,
y hasta cuando es Cocó-drila.

MIS COMETAS Y EL DIABLO

Yo era apenas un niño; las cometas
eran mi gran pasión, mi pensamiento.
Aquel domingo madrugaba un viento,
bravo don Juan de velas y veletas.

Era mi dormitorio un aspaviento
de ruedas y de trompos y de horquetas,
mis prendas de vestir, asaz discretas,
me puse al escondido y mucho tiento.

Cuando salía, de cometa en mano,
tardo, furtivo, pero muy galano,
dijo Lola con muchos rangorringos:

-Te lleva Satanás si esta mañana
no vas a misa. Y contesté a mi hermana:
-¡El diablo no trabaja los domingos!

MATANDO EL AÑO

Estoy matando el año. Aquí, en la plaza,
dejadme solo, ¡fuera todo el mundo!
dejadme solo, viejo vagabundo,
raro ejemplar de mi caliente raza.

De la muerte por fin voy a la caza,
de la muerte con suerte en mi profundo
abandono mortal, donde me hundo,
donde mi soledad hiere y abrasa.

Lo paso doce meses de muleta,
entro a matar, y Manolete esteta,
hasta la cruz la espada limpia clavo.

Se llevan al astado y yo, sangrante,
aun más que el toro, espero delirante
me de la vida orejas, pata y rabo.

NO ERA ÉSTA MI CASA

No era ésta mi casa; aquí no era
por donde yo buscaba la salida
al pleno azul, al parque de la vida,
de mi bola no era la tronera.

No era aquí mi sueño; una quimera,
una maraña aquí fue mi venida,
se ha quebrado mi mano anochecida,
soy un bello desastre de primera.

No era angélica ella, era luzbela,
no era liria, heliotropa, ni clavela,
no era el amigo digno de mis manos.

Es la ciudad de penas mi partera,
es mi casa una sorda conejera,
y este cielo una tolda de gitanos.

¿CABALLERO?

Soy villano de a pie, no caballero.

MIGUEL DE UNAMUNO

Nada de caballero, caballero,
dígame hombre, Carlos o Cyrano,
soy peatón ilustre, campechano,
para honor de mis pies de callejero.

Un ciudadano del dolor sin pero,
un incivil y burdo provinciano,
un aldeano que si da la mano,
da corazón, cabeza, brazo y cuero.

Caballero es aquel almacenero
de venias y gardenias y sombrero,
de sangre azul y corazón liviano.

Sangre, insignias y flor, ¡qué va! Viajero
monto mi burro propio en monte y llano.
Nada de caballero, caballero.

LA CALLE MÍA

A Saúl Aguirre.

Esta calle es pasiva y cariñosa,
nunca me trae músicas su arena,
debe tener mi calle alguna pena,
pues ya por su mudez se hizo famosa.

Es una calle vegetal, graciosa,
es una calle de silencio llena,
sólo el afilador de pronto suena
su flauta de cuchillos armoniosa.

Es una calle a la sordina, rubia,
brilla lo mismo al sol que con la lluvia,
es saludable, decorosa, sana.

Lo malo de mi calle soñadora,
es que no se oye al asomar la aurora,
ni un gallo, ni un turpial, ni una campana.

MODESTIA APARTE

Me olvidaron los críticos del día,
los amigos y antólogos de mano,
por cultivar su intelectual gusano,
se creen que mi casa está vacía.

Cuando mi poesía se moría
de falsa pena y de lirismo vano,
elevaron mi nombre provinciano
hasta la torre de la aldea mía.

Mas ahora que soy risueño bardo,
bardo de fino dardo, sin tabardo,
de nuevos tonos y expresión inquieta,

saber no quieren, sin catar mi vino,
que a mucho honor y a gusto del vecino,
soy de mi calle su mejor poeta.

CASA LOCA

Mi casa está embrujada y está loca,
una casa sin juicio, destemplada,
que vive de milagros y engañada,
que sufre, que se irrita y se sofoca.

Con balcón y salones es la roca
de un Prometeo criollo, y apenada,
sabe que está al olvido condenada,
pues ya a su puerta ni el demonio toca.

Se las da de bohemia, a ratos canta
y baila, y con los músicos se encanta.
De juega anoche, al viento, se ha largado,

y regresó a la aurora con los ojos
rojos, y labios y cabellos rojos,
despeinada, borracha y sin tejado.

¡ADIÓS!

También la vida tiene sus bemoles.
Hoy, por ejemplo, está del lado mío,
que este año –¡Vaya un año, vaya un tío!–
me ha quebrado los vasos y peroles.

La soledad sin gracia y el hastío
no he podido vencer con alcoholes,
se apagaron por siempre mis faroles,
y hasta en la chimenea siento frío.

Pero hoy, qué bello, cuando abrí los ojos,
llegaron hasta mí deseos rojos,
y me dije: la vida sí ha cambiado.

Me asomé a mi balcón –de azul violeta–,
me miró una mujer con su pecado,
y me dijo al pasar: –*¡Adiós, poeta!*

EN PAZ

Qué bien estoy así, qué bien me siento,
ni disgustos, ni penas, ni emociones,
quedó atado a mi mente el pensamiento,
y está mi corazón en vacaciones.

Abrí mis puertas y salió el tormento,
el bienestar entró por mis balcones,
y la vida con gracia y con talento,
en mi herida estrenó sus algodones.

Y qué paz interior, qué calma bella,
creo que voy del brazo de una estrella.
(Amar sólo a lejanas he resuelto).

Y para suerte de la bolsa mía,
la aventurera que venir solía
a mi tertulia, nunca más ha vuelto.

EL VIAJERO BLANCO

Por tu partida, mi nevado viejo,
de mi vida fue grave la caída:
tengo una herida así de grande, herida
que por ser obra tuya me la dejo.

Aquel día la Muerte nos dio rejo,
y hasta creo que estaba arrepentida.
Whisky con llanto fue nuestra bebida,
y qué llanto más fino y más añejo.

Porque fuiste tan mío y tan hermano,
mi mano se me fue tras de tu mano,
que mi mano no es mano sin su amigo.

Si vieras cómo nos dejaste, Eduardo,
mas conociendo tu amistad de trigo,
aquí en la puerta del adiós te aguardo.

¿QUÉ SE FICIERON?

Se me acabaron los amigos. Trigo.

Se me acabaron los amigos. Creó.

Se me acabaron los amigos. Veo.

Se me acabaron los amigos. Ligo.

Se me acabaron los amigos. Digo.

Se me acabaron los amigos. Leo.

Se me acabaron los amigos. Feo.

Se me acabaron los amigos. Sigo.

¿Dónde se meten mis amigos? ¿Dónde?

Aquél que yo más quise se me esconde,
y aquél que me quería se ha perdido.

Finaron unos y otros van despiertos,

cargados de oro, de salud y olvido.

Sólo me quedan los amigos muertos.

LOS MALOS AMIGOS

Lastimaron mi alma y mis cabellos,
estos de la amistad simples gazapos,
me desgarraron los humildes trapos,
infamaron mi voz con sus resuellos.

Dejaron en mi cuerpo marcas, sellos,
cuando estos notables gusarapos,
me tiraron la leche de los sapos,
mis bellos sapos de planchados cuellos.

Se hincharon de egoísmo y duro viento,
subieron a su torre de cemento,
y desde allí me lanzan dardos, puyas.

Con mis pies les mostré sendas doradas,
los honré con mis manos desoladas,
y me dieron patadas con las suyas.

MEDIO LOCO

No es posible vivir de esta manera,
ni de la otra, y a decir me atrevo
que en esta negra soledad que llevo
necesito al instante una loquera.

Subo al revés –y bajo– la escalera,
pongo al café la sal, al jugo el huevo,
doy por raído mi vestido nuevo,
y enciendo el cigarrillo en la nevera.

Hablo solo y me doy de bofetadas,
puse anoche a los pies las almohadas,
y tomé la ginebra en cacerola.

Temo que al cabo la razón me huya,
porque ayer, al besar la mano tuya,
besé el dulce cañón de mi pistola.

MEJOR ASÍ

Así quería verme, abandonado,
sin quién caliente para mí una sopa,
sin quién remiende mi raída ropa,

ni coja las goteras del tejado.

No hay quién me sirva un tiro ni una copa,
no hay quién me haga mi lecho desolado,
estoy hace diez días levantado,
y no ha vuelto ya más la amiga tropa.

Así quería verme, pobre, viejo,
de púas erizado el entrecejo,
y la mirada llena de pistolas.

Sólo me hablan los libros, los retratos,
y sin embargo tengo buenos ratos,
cuando me encuentro con el diablo a solas.

BASTA CON ESO

No he podido saber por qué esta vida
mía, tan sola, tan opaca y quieta,
tan trajinada, aún toca la corneta,
y mantiene su lámpara encendida.

Es una vida falsa, destruida,

sin casa, sin amor y sin cometa,
una vida sin calles, incompleta,
por súcubos y faunos perseguida.

Vida sin escarceos y jolgorios,
de percances, caídas y velorios,
de noes, de jamases y de aprietos.

Perdí ayer noche a mi mejor hermano,
nada en el juego de la vida gano,
pero tengo esta vez póker de nietos.

CASI

Ayer casi me muero en un desvío,
casi mi cuerpo veo en la madera,
casi empiezo a peinar mi calavera,
casi, casi, que encuentro a Vladimío.

Mi vida se torció, qué grave lío,
el mundo se me fue como si fuera
un campeón caído en la carrera,
el esqueleto del dolor y el frío.

Pero nada pasó, serio galeno
escarbó en mi salud de temple bueno,
y era un largo cuchillo su mirada.

–¿Me moriré, doctor? –temblando grito.
Y contesta: –La Muerte no me ha escrito,
y del infierno no he sabido nada.

EN QUIEBRA

De la alegría se agotó la veta,
de la derrota maduró la fruta,
de la hora grata se perdió la ruta,
la fuerza bruta el corazón me aprieta.

Todas las noches mi dolor se enluta,
ya ni siquiera dialogar me peta,
el llanto se secó tras la careta,
y en mi horchata derraman la cicuta.

Hace mucho no visto de etiqueta,
al teatro no voy ni a la retreta,

solo quedé con mi corbata rota,

y estoy pobre, más pobre que una rata.

O me prestan más lágrimas de plata,

o declaro mi vida en bancarrota.

APRENDIZ DE MUERTO

Dicen y digo que me encuentro viejo,
que un optimista soy de tomo y lomo,
que si mañana a mi ciudad me asomo,
juran que es un desastre mi entrecejo.

Mis displicencias a mis gentes dejo,
aquellas almas sólidas, de plomo,
que yo poeta soy, algo así como
la imagen hecha trizas de un espejo.

El solitario soy de testa blanca,
el rebelde sin armas, sin palanca,
a la jineta siempre en el tiovivo.

Un hacedor de hojas y de estrellas,

un fabricante de mentiras bellas,
y un aprendiz de muerto muy activo.

ORGULLO DE MUERTO

Me moriré muy solo, abandonado,
en esta casa por fantasmas hecha,
sin un copo de luz, sin una mecha,
sin un amigo que me cante al lado.

Moriré con el diablo a mi derecha,
la puerta virgen y el balcón cerrado,
moriré en mi camastro desgarrado,
roto el arco leal, rota la flecha.

Me moriré perdida la batalla,
sin quién evite que al infierno vaya,
me moriré escondido, vago, incierto.

Sin una pañidera ni un vecino,
sin hisopo, sin flores y sin vino,
pero muy orgulloso de haber muerto.

CAMBIO DE ESCENA

Yo vivía al derecho y buenamente,
era dueño y señor de mi pobreza,
pero nunca faltaron en mi mesa
el pan ni la botella de aguardiente.

Yo era el amigo de la buena gente,
yo no dejaba entrar a la tristeza
en mi sangre, y reía con largueza,
y era ingenioso y casi inteligente.

Me divertía con sabrosas ganas,
y al aire echaba canas, tantas canas,
que invadió la calvicie mi cabeza.

Pero un día la Muerte –actriz notable–
abrió otra vez mi puerta respetable
y la velada convirtió en tragedia.

EN CASA

Yo soñaba en mi casa, viejo, oscuro,
entre libros y lágrimas y penas,
y aspiraba a quitarme las cadenas
y huir saltando por el alto muro.

Ya mi razón se iba del seguro,
mis manos no eran ya las manos buenas,
que de heridas con sal se alzaban llenas,
y a un milímetro estaba del cianuro.

Entró una sombra azul, qué bien lucía,
y dijo en baja voz: –¿Decirme quiere,
si vive aquí el cantor Ciro Mendía?

Yo que al piano ensayaba un miserere,
le dije sin creer lo que veía:
–No señor, aquí muere.

EN LOS FUNERALES DE UN AMIGO

Qué exequias más hermosas, qué gentío,
cuántas flores y sombras, cuánta pena,
con su mutis quedó sola la escena,
cuántas hojas caídas, sin rocío.

Qué silencio en las voces, y qué frío
por el amigo muerto. Gime, llena
de angustia el alma por el alma buena,
cómo me dueles, compañero mío.

La amistad y el amor están presentes,
la pluma y el talento están de luto,
nieblas hay en los ojos, en las frentes.

Y pienso al ver el fúnebre ajetreo,
que por razones de mi ceño hirsuto,
no irá a mi entierro nadie, ni yo, creo.

NADA DE MISERERES

Yo no quiero morir, morir me asusta,
y la muerte se me hace muy pesada,
me cae gorda la desnarigada,
pues no sabe de amor, ni a nadie gusta.

Me molesta y fastidia con su fusta,
y con perdón, no sirve para nada,
es una pobre hembra fracasada,
y es aguafiestas, y además injusta.

Yo no quiero morirme ni de broma,
me gusta más la pera que el fibroma,
más la luz que los largos apagones.

Me gusta más la risa que el lumbago,
por un responso que me den un trago,
y el cielo se lo dejo a los gorriones.

AL CAPITÁN DE MIS OJOS

In memoriam
Vladimiro Mejía Botero
1970 - 12 - 28

Estoy muy extrañado, Vladimiro,
por lo que has hecho con mi alma. Alzaste
con mi luz y mi sangre, y me dejaste
bien colgado en la horca de un suspiro.

Si tú fuiste mi voz y mi respiro,
¿por qué nunca a morir me convidaste?
¿Por qué, mi grande amor, no te esperaste
a que el poeta se pegara un tiro?

Yo sé que por charlar y por ocioso,
por hacerte el pesado y el gracioso,
te llevaste las naves de mi puerto,

y de mi corazón todas las llaves.
Te equivocaste, hijo: tú no has muerto.
El muerto fue aquel viejo que tú sabes.

Al pintor Fernando Botero

DISCURSO DEL HOMENAJE

En el mar de mi vida, un oleaje
cortó mi nave con su doble filo,
y un dolor negro con su viejo estilo
ha malogrado mi terrestre viaje.

Para poder venir a este homenaje
tuve que alzar mi corazón en vilo;
saqué mi alma de su helado asilo,
y hasta mi casa con amor la traje.

Y al corazón le dije: –Viejo, vamos
a agradecer honores. Y aquí estamos
en esta noche grata, pero yerma.

Mas sabed que mi alma azul no vino,
porque del goce ya olvidó el camino,
y porque estaba demasiado enferma.

ANTES DE CAER EL TELÓN

Muy bien, queridos, en morir consiento,
me les entrego ya de pies y manos,
preparen la madera y los gusanos,
que está finando aquí mi último aliento.

Se terminó esta farsa y este cuento,
yo les deseo permanezcan sanos.
Va a caer el telón. ¿Decís, hermanos,

que deje blanca para el gran momento?

Nada de misas ni de plañideras,
ni músicas, ni mármoles, ni ceras.
Yo me niego a dejar –rotundo, ufano–

para tales minucias mis dineros.
Me entierran en el hueco más cercano,
o los apesto gratis, caballeros.

SACÁNDOLE EL CUERPO

Permita el moribundo me retire,
que a la muerte le tengo mucho miedo.
Nunca en sus mañas viejas yo me enredo,
y ni siquiera admito que me mire.

Mas yo quiero saber si cuando estire
mi ilustre pata –si es que hacerlo puedo–
y cuando quede por completo quedo,
mi modo de morirme se me admire.

Como homenaje póstumo quisiera

que amigos ebrios a mi cabecera
celebraran mi último suspiro.

No soy rey –ni de copas– te lo advierto,
pero qué grato oír, después de muerto:
¡Ciro Mendía ha muerto! ¡Viva Ciro!